

Antología

PREMIO 2011
DE ALFABETIZACIÓN
UNESCO



Saber leer

La sabiduría del mundo
en 40 lecturas

Un paseo por la imaginación
y la sabiduría

¡Regalo! Junto con esta Antología llévate
una interesante historieta.



Créditos a la presente edición

Coordinación académica
Maricela Patricia Rocha Jaime

Compilación
Fabían Jiménez Flores
Gonzalo Hernández Mendiola
Maricela Alba López

Revisión de contenidos
María de Lourdes Aravedo Reséndiz
Lilia Mabel Encinas Sánchez

Coordinación gráfica y cuidado de la edición
Greta Sánchez Muñoz
Adriana Barraza Hernández

Seguimiento al diseño
Jorge Alberto Nava Rodríguez
María Aurora Arellano Saucedo

Seguimiento editorial
Tania Fernández Urias
María del Carmen Cano Aguilar

Revisión editorial
María Eugenia Mendoza Arrubarrena
Águeda Saavedra Rodríguez
Felipe Sierra Beamonte
Sonia Zenteno Calderón
Laura Sainz Olivares

Diagramación
Ximena Gironella Antúnez
Abraham Menes Núñez
Mariana Ramos Rodríguez

Ilustración
Enrique Ramírez Torralba
Cristina Niizawa Ishihara

Saber leer. Antología La sabiduría del mundo en 40 lecturas. D.R. 2007 ©Instituto Nacional para la Educación de los Adultos, INEA. Francisco Márquez 160, Col. Condesa, México, D.F., C.P. 06140.

Esta obra es propiedad intelectual de sus autores y los derechos de publicación han sido legalmente transferidos al INEA. Prohibida su reproducción parcial o total por cualquier medio, sin autorización escrita de su legítimo titular de derechos. Algunas veces no fue posible encontrar la propiedad de los derechos de algunos textos y/o imágenes aquí reproducidos. La intención nunca ha sido la de dañar el patrimonio de persona u organización alguna, simplemente el de ayudar a personas sin educación básica y sin fines de lucro. Si usted conoce la fuente de alguna referencia sin crédito, agradeceremos establecer contacto con nosotros para otorgar el crédito correspondiente.

ISBN *Modelo Educación para la Vida y el Trabajo*. Obra completa: 970-23-0274-9
ISBN *Saber leer. Antología La sabiduría del mundo en 40 lecturas*: 978-970-23-0625-2

Impreso en México



Índice

| | |
|---------------------|----------|
| Presentación | 4 |
|---------------------|----------|

| | |
|--|----------|
| Recomendaciones para realizar una lectura eficiente | 5 |
|--|----------|

| | |
|----------------|----------|
| Fábulas | 6 |
|----------------|----------|

| | |
|--|----|
| El alción | 7 |
| La gata y Afrodita | 8 |
| El grillo maestro | 9 |
| La zorra y el leñador | 11 |
| El perro que deseaba ser un ser humano | 12 |
| El molinero, su hijo y el jumento | 13 |
| La cigarra y la hormiga | 15 |
| El asno y el perro | 17 |
| La paloma, el cuervo y el cazador | 19 |
| El león y la liebre | 20 |
| Otros mundos | 22 |
| El águila y el cuervo | 27 |
| El libro presumido | 29 |

| | |
|-----------------|-----------|
| Leyendas | 30 |
|-----------------|-----------|

| | |
|---------------------------|----|
| El toro de Creta | 31 |
| Midas | 32 |
| La casa encantada | 34 |
| Los descendientes del Sol | 37 |
| Los engañadores | 42 |
| El aprendiz de platero | 45 |

| | |
|------------------------|-----------|
| Frases célebres | 51 |
|------------------------|-----------|

Sentencias 56

| | |
|---|----|
| Los cuatro acuerdos de la sabiduría tolteca | 57 |
| Otras | 58 |
| El cheque por cien mil afanes | 59 |

Refranes 60**Novelas y cuentos sabios 62**

| | |
|---------------------------------|-----|
| Platero y yo | 63 |
| Pedro Páramo | 64 |
| La historia del carpintero | 66 |
| El perro, la culebra y el niño | 68 |
| El ruiseñor y la rosa | 70 |
| Historia de los dos que soñaron | 79 |
| La niña de los fósforos | 81 |
| La migala | 84 |
| Los tres regalos del hada | 87 |
| Alta cocina | 90 |
| Los buques suicidantes | 92 |
| A la deriva | 96 |
| En una casa de empeños | 100 |

Parábolas 103

| | |
|-------------------|-----|
| Deja secar la ira | 104 |
| El conde Lucanor | 106 |

Historietas 108

| | |
|----------------------------------|-----|
| ¡Por favor, déjenos ser iguales! | 109 |
|----------------------------------|-----|

Presentación

Esta Antología, llamada *La sabiduría del mundo en 40 lecturas*, se presenta como un material muy importante del Módulo *Saber leer*, cuyo propósito fundamental consiste en ofrecerles un paseo imaginativo por algunos de los textos más sabios de la literatura.

Está conformada con textos que cuentan experiencias problemáticas u obstáculos superados que pueden ser considerados como una guía cuando se enfrentan situaciones similares. Recopilamos: fábulas, leyendas, parábolas, frases célebres y cuentos, entre otros. La tradición de este tipo de “literatura sabia” o de enseñanza, se mantiene vigente.

La sabiduría del mundo en 40 lecturas busca fomentar, formas más eficaces de comprensión y conocimiento. Por eso ofrece reflexiones para mejorar y fortalecer este proceso, con el fin de hacer de la lectura una práctica educativa y vivencial verdaderamente significativa. Aquí, el lector encontrará actividades relacionadas con los otros materiales del módulo, así como la oportunidad de compartir momentos de lectura con familiares y amigos.

La literatura, además de ser manifestación estética, también es sabiduría colectiva y, sobre todo, placer personal.

Dejamos estos luminosos textos en tus manos para que encuentres en ellos esa voz amiga que nunca está de más en nuestra vida.

Recomendaciones para realizar una lectura eficiente

Antes de iniciar

Hemos incluido algunas preguntas para que vayas recapacitando sobre la marcha. Estas preguntas buscan ayudarte a reflexionar sobre lo que ves y lees a lo largo de la Antología. Los lectores con mucha experiencia se hacen preguntas constantemente. Acostúmbrate a preguntarte mientras lees.

Imagina que otra persona está contigo y te pregunta, o quizá te comente, algunas cosas mientras leen juntos. Tal vez comentarían sobre lo que se imaginan que leerán, o sobre lo que conocen acerca del tema del que parece que va a tratar el texto, darían sus opiniones durante el proceso de lectura.

Aunque nosotros estamos físicamente en otro lugar, nos encantaría estar contigo, tomando una taza de café, o quizá compartiendo un abanico y disfrutando de los textos: imaginando juntos, saboreando cada palabra, sintiendo las emociones de viajar a tu lado por tantos mundos posibles e imposibles.

Fábulas

Las fábulas, como los mejores postres, tienden a deleitar porque ofrecen siempre algo nuevo a la conciencia de las personas. Una fábula sin enseñanza es como un pastelillo sin decorado. El propósito de una fábula consiste en mostrar las virtudes o defectos de la gente por medio de historias protagonizadas por animales, dioses o cosas. Estos textos, asimismo, pueden estar escritos en verso o en prosa. Las fábulas son como un espejo o un teatro en el que todas las personas se miran a sí mismas. De este modo, pueden mejorar su forma de ser. En último término, las fábulas, antiquísima forma de enseñanza, ofrecen al ser humano la mayor perla que en el mundo pueda existir: la sabiduría.





► Reflexiona.
De acuerdo con la imagen, ¿de qué crees que trate el siguiente texto?

El alción¹

► Reflexiona.
¿El título te ayudó a corroborar lo que imaginaste con la imagen?
¿Cuáles te imaginas que serán las costumbres de esta ave?

Este pájaro prefiere la soledad y vive siempre sobre el mar. Dícese que para huir de los hombres que le cazan, hace su nido en las rocas de la orilla. Un día un alción que iba a poner, se encaramó en un montículo y, divisando un peñasco erecto sobre el mar, en él hizo su nido. Pero otro día que el alción salió en busca de comida, levantado el mar por una borrasca, llegó hasta el nido y ahogó, cubriéndolo de agua, a los pajarillos. Al ver el alción de vuelta lo que había sucedido, exclamó:

—¡Desdichado de mí, huyendo de los engaños de la tierra me refugié en el mar que es aún peor!

► Reflexiona.
¿Aprendiste algo nuevo sobre las costumbres de esta ave?

No reniegues de lo que tienes, porque lo nuevo que desees puede ser peor.

¹ Esopo.

La gata y Afrodita²

► Reflexiona.

De acuerdo con el título, ¿de qué crees que trate el siguiente texto?

Enamorada una gata de un hermoso joven, rogó a Afrodita que la cambiara en mujer. La diosa, compadecida de su pasión, la transformó en una preciosa muchacha, y entonces el joven prendado de ella, la llevó a su casa.



► Reflexiona.

¿Qué crees que suceda cuando lleguen a su casa?

¿Crees que la gata al convertirse en mujer olvidará su naturaleza?

Hallándose los dos descansando en la alcoba nupcial, quiso saber Afrodita si al cambiar de cuerpo la gata había mudado también de carácter, y soltó un ratón en el centro de la alcoba. Olvidando la gata su condición presente, levantóse del lecho y persiguió al ratón para comérselo. Entonces la diosa, indignada contra ella, la volvió a su primer estado.

► Reflexiona.

¿Cuál crees que sea el mensaje de esta fábula?

De igual modo las personas de naturaleza malvada, aunque cambien de estado no mudan de carácter

► Reflexiona.

¿El mensaje que plantea el autor es semejante al que pensaste?

² Esopo.

El grillo maestro³

► Reflexiona.
¿Qué te sugiere el título?

Allá en los tiempos muy remotos, un día de los más calurosos del invierno, el director de la escuela entró sorpresivamente al aula en que el grillo daba a los grillitos su clase sobre el arte de cantar, precisamente en el momento de la exposición en el que explicaba que la voz del grillo era la mejor y la más bella entre todas las voces, pues se producía mediante el adecuado frotamiento de las alas contra los costados, en tanto que los pájaros cantaban mal porque se empeñaban en hacerlo con la garganta, evidentemente el órgano del cuerpo menos indicado para emitir sonidos dulces y armoniosos.

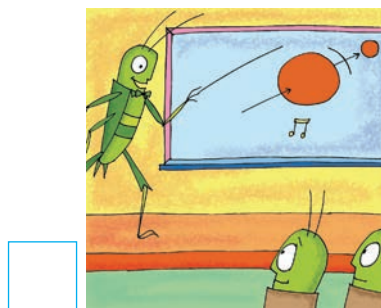
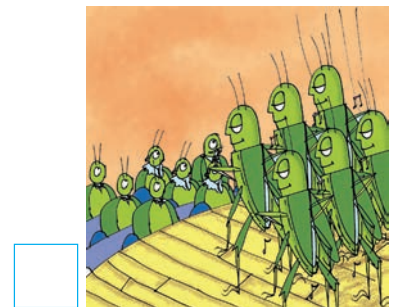
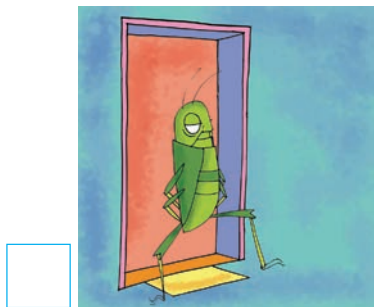
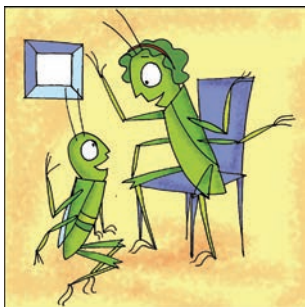
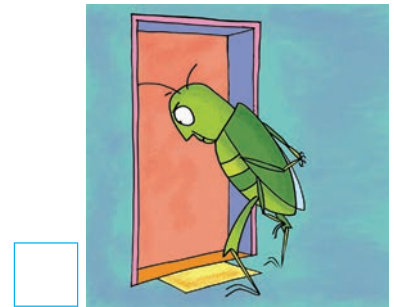
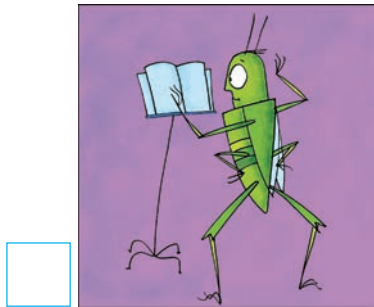
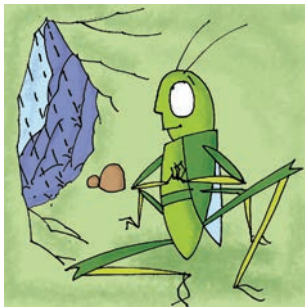
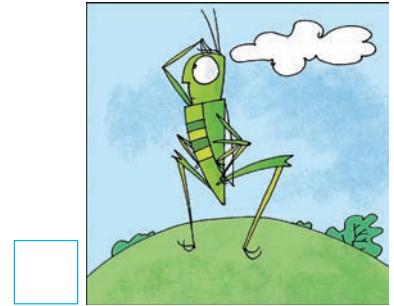
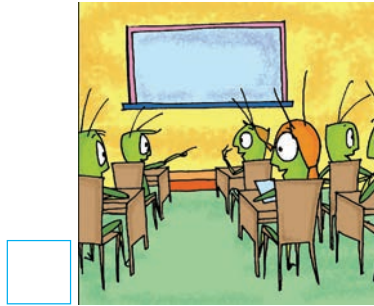
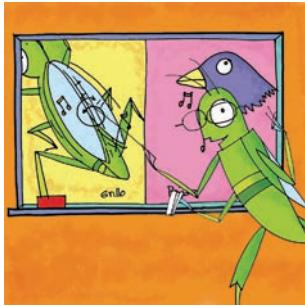
► Reflexiona.
¿Qué piensas del argumento del grillo para justificar que el canto de los grillos es mejor que el de los pájaros?

Al escuchar aquello el director, que era un grillo muy viejo y muy sabio, asintió varias veces con la cabeza y se retiró, satisfecho de que en la escuela todo siguiera como en sus tiempos.

Enorgullécete de tus cualidades y sigue fomentando tus virtudes, porque eso te hace ser quien eres.

³ Augusto Monterroso.

► De las siguientes imágenes escoje las que corresponden al texto y numéralas en el orden correcto.



La zorra y el leñador⁴

Una zorra perseguida por unos cazadores vio a un leñador y le suplicó que le buscara un escondite. El hombre le aconsejó que entrase en su cabaña y se escondiera en ella.

- Reflexiona.
¿Qué crees que le ocurra a la zorra?
Si tu fueras el leñador, ¿cuál sería tu actitud ante los cazadores?

Al instante llegaron los cazadores, preguntando al leñador si había visto pasar por allí una raposa. Dijo que no con la voz, pero señaló con la mano dónde se había escondido. Los cazadores no comprendieron el gesto y se fiaron del hombre; la zorra, al verlos marchar, salió sin decir nada.

Reprochóle el leñador que, habiéndola salvado, no le dijera ni una palabra de agradecimiento; a lo que la zorra repuso:

- Reflexiona.
¿Qué crees que vaya a contestar la zorra?

—Te hubiera dado las gracias si tus gestos y tus actos hubieran respondido a tus palabras.

Honra tus palabras con tus actos,
sé congruente en tu vida.

- Reflexiona.
De los tres párrafos de la fábula,
¿cuál fue el climático o el que te
causó mayor emoción? ¿Por qué?



⁴ Esopo.

El perro que deseaba ser un ser humano⁵

- Reflexiona.
¿Por qué imaginas que el perro quería ser un ser humano?

En la casa de un rico mercader de la Ciudad de México, rodeado de comodidades y de toda clase de máquinas, vivía, no hace mucho tiempo, un perro al que se le había metido en la cabeza convertirse en un ser humano, y trabajaba con ahínco en esto.

Al cabo de varios años, y después de persistentes esfuerzos sobre sí mismo, caminaba con facilidad en dos patas y a veces sentía que estaba ya a punto de ser hombre, excepto por el hecho de que mordía, movía la cola cuando encontraba algún conocido, daba tres vueltas antes de acostarse, salivaba cuando oía las campanas de la iglesia y por las noches se subía a una barda a gemir viendo largamente la luna.



- Escribe.
¿Cuál podría ser el mensaje o la moraleja de esta historia?

⁵ Augusto Monterroso.



► ¿Reflexiona.
¿Qué te sugiere esta imagen?

El molinero, su hijo y el jumento⁶

Leí no sé dónde que un molinero y su hijo, viejo aquél y muchacho éste, pero no pequeñuelo sino de quince años bien cumplidos, iban a una feria para vender a su jumento. Para que estuviese más descansado y de mejor ver, atáronle las patas y cargaron con él entre el padre y el hijo. El primero que topó con ellos en el camino, soltó la carcajada. “¡Qué pareja! ¡Qué rústicos tan rematados!, iba diciendo. ¿Qué se proponen con esa extravagancia? No es el más jumento quien lo parece.”

El molinero oyendo tales razones, se arrepiente de su tontería, deja en el suelo al borrico y le quita las ataduras. El animal, que se iba acostumbrando a caminar a cuerdas, comenzó a querellarse en su especial dialecto, pero el molinero cerró los oídos a las quejas, hizo montar al muchacho y prosiguieron su camino.

Encontraron a poco tres mercaderes, y el más viejo, gritando todo cuanto pudo, díjole así al cabalgante: “Apead si tenéis pizca de vergüenza, mozo borriqueño. ¿Cuándo se ha visto que un muchacho lleve lacayo con canas? Monte el viejo y sírvale el joven de espoli-que”.

⁶ Jean de la Fontaine.

“Caballeros, contestó el molinero, razón tenéis de sobra y fuerza será conteneros.” Echó pie a tierra el muchacho, y montó el viejo en el rucio.

Pasaron en esto tres mozuelas, y exclamó una de ellas: “¡Qué valor! ¡Hacer ir a pie a ese muchacho, cayendo y tropezando, mientras va aquel hombrón en pollino, hecho un papanatas”.

Replicó el molinero; hubo dimes y diretes, hasta que el pobre hombre, abochornado, quiso remediar su error y puso al chico a la grupa.

Aún no habían andado treinta pasos, cuando encuentran otro pelotón de pasajeros, y empiezan de nuevo los comentarios. “Locos están, dice uno de ellos: el jumento no puede más: va a reventar. ¡Cargar de esa manera a un pobre animal! ¿No tienen lástima de quien bien les sirve? Irán a vender a la feria su pellejo”.

¡Voto a bríos!, exclamó el molinero: “Loco de remate es quien se propone contentar a todos. Pero hagamos otra prueba a ver si lo conseguimos”.



Reflexiona.

¿Para ti, cuál es el significado del párrafo anterior?

Apeáronse los dos, y el asno, rozagante y satisfecho, marchaba delante de ellos. Pasó entonces otro viandante, y al verlos: “¡Modas nuevas!”, dijo: “la cabalgadura bien descansada y el dueño echando los bofes. Así, hacen gasto de zapatos y preservan el borriquillo”.

”¡Tres eran tres, y a cual más jumento! Jumento soy de veras”, prorrumpió exasperado el molinero: “jumento me confieso y me declaro; pero, en adelante, digan lo que quieran, alábenme o critíquenme, he de hacer mi santa voluntad”. Y así lo hizo; y obró perfectamente.

► Escribe la moraleja de esta fábula.

► ¡Disfruta de esta fábula, escuchando su dramatización en el disco compacto *Voces e historias*.

La cigarra y la hormiga⁷

Cantando la cigarra
pasó el verano entero,
sin hacer provisiones
allá para el invierno.

► Reflexiona.
¿Qué crees que el autor tratará de enseñar cuando habla de que la cigarra no guarda provisiones para el invierno?

Los fríos la obligaron
a guardar silencio
y a cogerse al abrigo
de su estrecho aposento.
Viose desproveída
del precioso sustento,
sin moscas, sin gusanos,
sin trigo y sin centeno.
Habitaba la hormiga
allí tabique en medio,
y con mil expresiones
de atención y respeto



⁷ Félix María de Samaniego.

le dijo: “Doña hormiga,
pues que en vuestros graneros
sobran las provisiones
para vuestro alimento,
prestad alguna cosa
con que viva este invierno
esta triste cigarra
que, alegre en otro tiempo,
nunca conoció el daño,
nunca supo tenerlo.
No dudéis en prestarme,
que fielmente prometo
pagaros con ganancias,
por el nombre que tengo”.

La codiciosa hormiga
respondió con denuedo,
ocultando a la espalda
las llaves del granero:
“¡Yo prestar lo que gano
con un trabajo inmenso!
Dime, pues, holgazana:
¿Qué has hecho en el buen
tiempo?”.
“Yo —dijo la cigarra—,
a todo pasajero
cantaba alegremente,
sin cesar ni un momento.”
“¡Hola! ¿Con que cantabas?
¡Pues ahora que yo como,
baila, pese a tu cuerpo!”

► Escribe la moraleja de esta fábula.

► Reflexiona.
¿Qué preguntas te haces en este texto?

El asno y el perro⁸

Debemos prestar-nos mutua ayuda; la ley de la naturaleza es ésta. Un asno burlóse de ella, y es cosa extraña, porque el asno suele tener buen natural. Iba por el mundo, en compañía de un perro, grave y silencio-



so, sin pensar en nada, seguidos ambos por el amo común. El amo se durmió, y el jumento púsose a pacer: hallábase en un prado lleno de apetitosa hierba. No había en él cardos, pero resignóse por entonces a esta falta; no hay que ser tan exigente; no porque falte ese plato ha de desdeñarse un banquete. Nuestro borrico supo, al fin y al cabo, prescindir de él.

El perro, muerto de hambre, le dijo:

“Camarada, bájate un poco y tomaré mi almuerzo del cesto de pan.”

No contestó palabra el asno; perder un minuto era para él perder un bocado.

Instó el otro, y al fin respondióle:

“Aguarda, amigo mío, que el amo despierte, y te dará tu ración; ya no puede tardar.”

⁸ Jean de la Fontaine.

En esto sale del bosque un lobo y dirígese a ellos: un tercer hambriento. Llama el asno al perro en su socorro; pero el perro no se mueve, y al fin dice:

“Aguarda, amigo mío, que despierte el amo, y entre tanto, echa a correr. Si el lobo te alcanza, rómpele las quijadas de un par de coces, para eso estás recién herrado.”

Mientras el perro así decía, el señor lobo estrangulaba al infeliz boricua. ¿No hubiera valido más auxiliarse el uno al otro?

Debemos prestarnos mutua ayuda;
la ley de la naturaleza es ésta.



Recuerda.

En las siguientes fábulas te recomendamos plantearte preguntas. Puedes escribirlas en el margen o en una hoja, tú elige. Y sigue disfrutando. Imagínate que dialogas con una amiga o con un amigo. Recuerda que no se trata de hacerte preguntas sobre lo que ya sabes. Se trata de que te plantees preguntas auténticas: lo que te da curiosidad, lo que te intriga o lo que te imaginas que pasará.

La paloma, el cuervo y el cazador⁹

Se hizo amiga de un cuervo una paloma,
y algún tiempo después, tan bien graznaba,
que al oírla sin verla era forzoso
que todos, por un cuervo la tomaran.

Fue tal su aplicación que, en breve plazo,
a robar aprendió con arte y maña.
¡No es raro!, ¡ya se ve!, con tal maestro
debió salir muy buena la oficiala.

Muchos granos de trigo, uno por uno,
de cualquier sementera se robaba;
y hurtó tanto, que al fin los labradores
cansados, acordaron atraparla.

Ella, que sus ardides no conoce,
cayó indefensa en la traidora trampa
y al llegar a las manos de un labriego,
a sabroso manjar fue destinada.

Se aflige la infeliz y se disculpa,
diciendo que un mal cuervo la enseñaba
a graznar y robar. —Pues no te vale,
contesta el labrador, tu excusa es vana:

Si con otras palomas anduvieras,
o te quedaras metidita en casa,
no serías ladrona ni atrevida,
ni te vieras al plato destinada.

Mas ya que con el cuervo te juntaste
y aprendiste tan bien sus malas mañas,
yo te asaré a la noche, y con tu vida
pagarás las espigas que me faltan.



Siempre tiene mal fin el insensato que
con gente perversa se acompaña.

⁹ José Joaquín Fernández de Lizardi.

El león y la liebre¹⁰

En el monte Mandara vivía un león muy cruel que hacía estragos entre los demás animales. Los habitantes del bosque estaban aterrorizados.

—Si esto sigue así —se decían unos a otros—, en poco tiempo el bosque quedará deshabitado, y todos nosotros acabaremos por desaparecer en las fauces del león.

Pero una zorra, entrada en años y muy sabia, les hizo la siguiente proposición:

—Debemos convencer al león para que refrene su hambre, incluso aconsejándolo que si sigue así pronto quedará sin comida. Debemos proponerle que se conforme con comer un animal al día.

La idea fue calurosamente acogida, y la zorra misma se ofreció para ir de embajadora al rey del bosque. Habló muy bien, convenció al león para que aceptara la propuesta de los animales.

—Pero no os olvidéis de enviarme a mi guarida a un animal cada día —dijo el león—, y, además, que sea gordo y joven. Si no lo hacéis, os comeré a todos de un bocado. Por eso, a partir de entonces, cada día se decidía por suertes a quién correspondía calmar el hambre del león.

Un día, la suerte recayó en la liebre, que emprendió el camino hacia la guarida del animal, al que debía de servirle de alimento. Por el camino pensó:

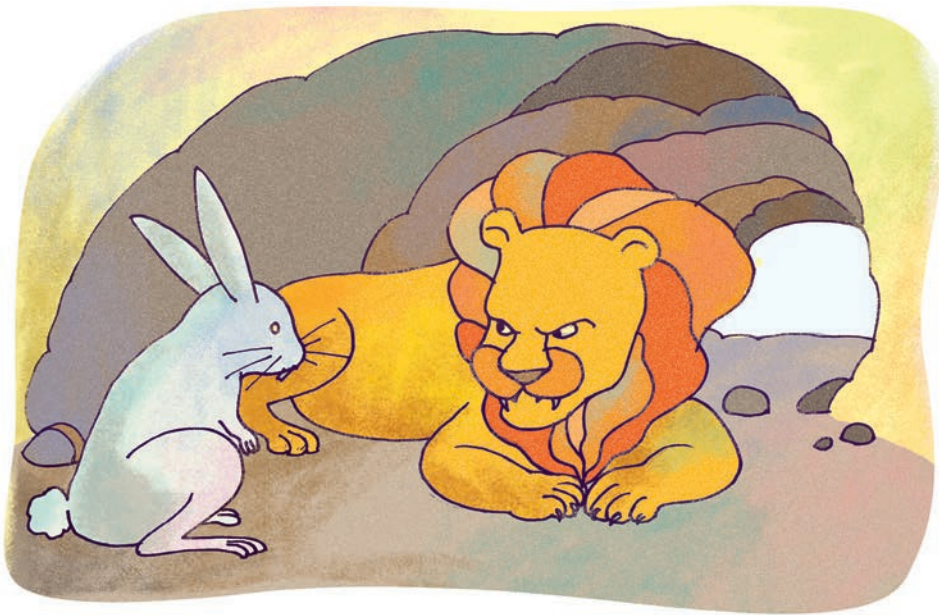
—Solemos obedecer a quien tememos simplemente porque tenemos apego a la vida. Pero si hoy he de morir, ¿por qué debo someterme

¹⁰ Anónimo.

a la voluntad del león? ¿Qué ganaría con ello? Y empezó a reducir el paso y a entretenerse por el camino, por lo que llegó tarde a su destino.

—¿Por qué vienes tan tarde? —rugió el león cuando la vio.

—La culpa no es mía, majestad —contestó la liebre, con voz humilde. En el camino tuve un mal encuentro; tropecé con otro león el cual quería comerme. Le expliqué mi situación, y me dejó ir, pero con la condición de que regresaría para que él me pudiera comer.



—¡Sinvergüenza! —rugió el león, fuera de sí por la ira. Llévame enseñada junto a él. Le enseñaré con quién se las tiene que haber.

—Como quieras, majestad —contestó la liebre inocentemente.

Y muy contenta, lo llevó junto a un pozo muy hondo.

—Aquí está, señor —dijo la liebre, enseñándole al animal su propia figura reflejada en las aguas del pozo. El león dio un rugido de rabia,

se lanzó contra su supuesto rival y, al hacerlo, cayó al pozo, en el que murió ahogado.

Si los problemas son grandes, los remedios tienen que ser mayores.

¡A jugar!

► En el Folleto *Entretenimientos*, en la sección “Laberintos” te espera el siguiente reto: ayuda a la liebre a engañar al león para que éste no le haga daño.

Otros mundos¹¹

Las calles se transforman, su apariencia cambia según la época, algunas cosas permanecen, otras no. Ahí están derrumbando una casa que fue vecindad por varias décadas y en ellas se inicia la historia que te voy a contar.

Se dice que durante muchos años tuvo esa morada una vivienda desocupada porque nadie la quería alquilar. La razón era que en una de sus paredes había una huella clarísima de una mano, con seis dedos. Este dedo de más y el intenso color rojo que lucía, eran suficiente motivo para causar pavor a quien la veía.

Si se trataba de limpiar aquella mancha con agua y jabón o con otra sustancia, se perdía en la humedad por un rato, pero cuando se secaba la pared, ahí estaba otra vez.

Si se pinta encima, aunque fueran varias capas de pintura, por algunos días no se le veía, pero después volvía.

Una persona que rentó la vivienda y trató de tapar la huella con un retrato suyo, vio con terror que la mano siniestra aparecía sobre la mano de su rostro enmarcado; y otro que se creyó más listo y le puso enfrente un ropero, a toda hora escuchaba como si alguien golpeará la madera del mueble.

¹¹ Teresa Valenzuela.

Como se creía que aquello era cosa del diablo, se llevó al lugar a un sacerdote, que roció abundante agua bendita, pero nada, ahí siguió aquella señal misteriosa.

Un día llegó un hombrecito encorvado, muy viejo y arrastrando con dificultad sus pies, cruzó el umbral de aquella casa y en el patio lo encontró la portera mirando en rededor, con lágrimas en sus mejillas.



Al preguntarle qué le sucedía, él le contestó con voz temblorosa y débil: “Aquí nació, señora”, señalando la vivienda desocupada, agregó: “En esa habitación”.

Me imagino que le gustaría entrar ahí, por el recuerdo, pero no sé... el anciano la interrumpió: “Sí, comprendo. Estará habitada, agradezco su gentileza”.

No, si desde hace muchos años está desocupada. Es que... —acercándose a él y con tono misterioso, continuó—: ahí hay una cosa... (se persignó). ¡La huella de la mano con seis dedos sobre una de sus paredes!

Los ojos del anciano se iluminaron con un brillo instantáneo y con visible emoción exclamó: “Lléveme allá, se lo suplico!”.

La mujer ayudó al pobre viejo que temblaba de inquietud por ver aquello que a todos causaba temor. Lo dejó en la vivienda y al cerrar la puerta se quedó a observar por el ojo de la chapa. Y vio como el nonagenario puso su mano flaca y trémula sobre la huella de aquella extraña mano invisible. También atestiguó cómo aquel cuerpo frágil

se estremecía de gozo y una gran sonrisa le cruzaba el rostro arrugado, y cuando vio que movía los labios, pegó la oreja en la puerta para escuchar.

—...Sí soy yo, hemos cumplido hermanito, ya podemos irnos... — dijo el anciano, quien retiró su mano. Inexplicablemente la huella, que por tanto tiempo había estado ahí, desapareció, mientras aquel viejo suspiraba con satisfacción y caía al piso para morir.

Ese hombre que acaba de fallecer se llamaba Simón y había tenido un hermano gemelo, Roberto. Habían nacido en esa casa hacía más de noventa años, en 1899. En el aquel entonces el lugar era una residencia señorial. *La casa del inglés*, así le nombraban porque el padre de los gemelitos había nacido en Inglaterra.

La gente de ese final del siglo pensaba que el mundo se iba acabar, como sucede cuando se acerca la conclusión de un milenio. Circulan chismes, invenciones y dizque profecías que preocupan a los ingenuos.

Por escuchar esos rumores, doña María Trinidad Zepeda de Crowen estaba muy preocupada por sus recién nacidos. Pensaba: “¡pobrecitos!, si se acaba el mundo, ¿qué van hacer?”.

Pero pasó ese año y otro y otros, y al planeta nada le sucedió. Lo que si aconteció fue el inicio de una revolución.

En 1911, con once años cumplidos, a Simón y a Roberto se les acabó el mundo; el suyo. Todo el bienestar, los cuida-



dos, mimos y lujos que habían disfrutado hasta ese momento, desaparecieron para siempre.

Su padre fue herido por una bala perdida en un tiroteo en plena calle, muy cerca de su casa, y su madre murió a los pocos días tratando de dar vida a otro hijo. También desaparecieron los negocios y propiedades de la familia; pues quedaron en manos de socios y administradores corruptos. Los gemelos tuvieron que refugiarse en una casa de la familia de Jovita, su nana, que vivía en Saltillo, Coahuila.

Allá los localizó un pariente de su padre, que decidió llevar a Inglaterra solamente a uno de los niños.

Los gemelos eran muy unidos, siempre andaban juntos y eran tan parecidos que nadie, ni Jovita que los conocía tanto, los podía distinguir. Ambos tenían la piel muy blanca y salpicada de pecas rojizas, y tenían el pelo muy oscuro y lacio. Se movían igual y el tono de sus voces era idéntico, se divertían mucho haciéndose pasar el uno por el otro.

—Soy Simón, Jovita —decía riendo uno de ellos a la nana. Y ella sospechaba el engaño, le decía: “¿Sí? A ver muéstrame la mano, ésa no, no te hagas el tonto; la otra”. Roberto tenía seis dedos en su mano derecha. Cuando supieron que iban a separarlos, lloraron mucho y juraron que se volverían a encontrar.

—¿Pase lo que pase, Simón? —dijo Roberto.

—Sí, no me voy a ir de este mundo sin despedirme de ti, hermano.

Roberto, con una navaja hizo una incisión en esa mano derecha; Simón hizo otra y unieron sus manos para sellar el pacto.

Los años pasaron; la agitación política y social que enfrentaba el país hizo que las cartas que se enviaban los muchachos fueran espaciándose cada vez más, además la incomunicación se agravó porque Simón se

enlistó en las filas revolucionarias y en esa vorágine se olvidó un poco de su hermano.

Cuando la calma empezó a reinar y Simón ya era un hombre maduro, buscó a su hermano. Viajó hasta Inglaterra y con esfuerzo y dedicación lo encontró.

Ante una tumba leyó: “Roberto Crowen (1899-1932)”.

Su querido hermano había fallecido. La viuda dijo a Simón que él también había tratado de localizarlo afanosamente, y que en la hora de su muerte, alargando su mano había dicho: “¡Simón, no me iré sin despedirme!”.

Con el dolor de la pérdida, regresó a México Simón Crowen, y su vida inició otra etapa: se casó y tuvo una hermosa y numerosa familia. Su mundo fueron los hijos, los nietos, y hasta los bisnietos; dos niños pecosos, gemelos, y que fueron la adoración del anciano desde que nacieron.

Federico y Alfonso, idénticos, con sus once años y sus trajes de gala, ante la tumba de su bisha, como le decían a Simón, comentan en voz baja, mientras un sacerdote habla:

—¿Será cierto lo que dijo mi papá de bisha?

—Y creo que sí, se lo contó la portera de la casa donde murió. Ella vio y escuchó lo que pasó.

—Él y su hermano eran como tú y yo.

—Pues cuando yo me muera voy a regresar del más allá para asustarte. A Federico le da risa y dice a su hermano: “Entonces, mejor me voy a morir yo primero, para venir a jalarte las patas”.

Algún adulto muy serio y con el ceño fruncido, les hace la señal de que callen, que en los entierros no debe haber pláticas ni risitas ni juegos. “Sí, el mundo de los adultos es otro”, piensa Alfonso y sonríe a Federico, y ambos intuyen que no falta mucho para que ellos pertenezcan a “ese mundo”...

¿Y seguirán juntos? Esa idea es una pequeña sombra de tristeza igual a la de una nubecita solitaria que acaba de desprenderse de otra, y que el viento lleva hacia otro lado, en un cielo hermoso y claro, que refulge de sol sobre un camposanto.

El águila y el cuervo¹²

Se destaca el águila por su gran valor y su destreza para sortear cualquier obstáculo, más es tanto vanidosa, que un día hizo su nido en la montaña más alta y dijo: “de todas las aves que han creado yo soy la que más poder tiene, todos me respetan y me temen”. En eso un cuervo que a su paso escuchó a la parlanchina dijo: “No todo lo que luce hermoso es una joya, hay piedras que sin ser bellas, bien talladas tienen más valor que tú, e inspiran respeto y tú sin saber has vivido todo el tiempo en ella”.

“Ve: todo a tu alrededor luce pequeño, mas no es tu poder lo que lo domina sino el de la montaña”. Enojada, el águila le respondió al cuervo: “Es la envidia la que te hace hablar así, porque tú no tienes ni el plumaje que yo tengo ni el valor que represento”.

—Es verdad —respondió el cuervo—, a mí no me temen y no soy del todo estético, soy feo, pero reconozco que la belleza es el traje de la vanidad y un día te darás cuenta.

Un día, una gran tormenta azotó los mares; era tan fuerte que las montañas se quejaban cuando el viento se aferraba a sus faldas y la-

deras, ahí en lo alto de la montaña, el gran águila se guarecía en su nido, temblando de miedo.

El cuervo, a cierta distancia en un árbol, tendía sus alas y decía: “Avisaré a todas las aves para que nos abriguemos en el nicho de aquella cueva, ya que es tan baja que no creo que la tormenta haga estragos en ella”. Así, el cuervo avisó a todas las aves y éstas obedecieron llevando cada cual a sus críos a la cueva. El cuervo se aseguró de que todo estuviera bien y que sus compañeros se sintieran seguros. De nuevo salió a ver qué era lo que tanto acontecía y de cuándo la tormenta acabaría. Así, volando a cortos intervalos, ya que las ráfagas de viento casi no lo dejaban avanzar, escuchó el criptar de una piedra desprenderse, trató de encontrar de dónde provenía el ruido y miró a sus alrededor, pero no logró ver nada; entonces miró hacia arriba y se dijo: “Esta tormenta va para rato, ya que en vez que amaine cada vez es más fuerte”; eso estaba pensando cuando de pronto se dio cuenta que las montañas se venían desbarrancando de peñasco en peñasco.

El águila aterrorizada respondió: “No puedo, mis plumas están mojadas y no puedo extenderlas”.

“Sal, haz el intento, si no, no sobrevivi-



¹² INEA, *Cuentos, leyendas y relatos*, 1996, pp. 24-25.

rás, sólo sigue mis consejos: desprende todas las plumas que rodean tu cuello y parte de tu cuerpo, ya que se te hará más liviano y así puedas echar vuelo”. No le quedó más remedio al águila que seguir las instrucciones, si es que quería sobrevivir; saliendo del nido extendió sus alas y echó a volar detrás del cuervo que le decía: “Sígueme, que tengo dispuesto un lugar seguro para resguardarnos”. No había avanzado mucho cuando se escuchó un ruido que hizo temblar parte de la tierra sin más, como si la montaña estuviera esperando que el águila la desalojara, se vino abajo.

El libro presumido¹³

Encontrándose dos libros en una biblioteca que se iba a abrir próximamente, decía el uno al otro:

—No sé cómo han consentido tu presencia en este lugar, puesto que a diferencia mía eres muy feo. Tu encuadernación no está adornada con oro como la mía, tampoco está hecha de cuero y además no tienes ningún dibujo bello presentándote como portada.

—Al oír estas palabras quedó el segundo libro muy apenado. Se abrió por fin la biblioteca y el libro feo vio como era el predilecto entre el resto de ellos. Dijo entonces al libro presumido:

—Bien es cierto que eres más bonito que yo, sin embargo, yo soy más leído pues mis páginas contienen más esencia que las tuyas.

No todo lo que reluce por fuera,
reluce también por dentro.

¹³ Anónimo.

Leyendas

¿Te gustaría viajar al pasado en una máquina del tiempo? ¡Porque esa máquina ya existe! Las leyendas, relatos en prosa que en su origen se transmitieron de boca en boca, nos llevan a los acontecimientos del pasado. Gracias a ellas, en un abrir y cerrar de ojos, y como si se tratara de un sueño, nos enteramos de los más extraños y misteriosos sucesos. Una leyenda, como la vida misma, está llena de realidad, misterio y fantasía, por eso conmueve a las personas. Las leyendas son historias guardadas por nuestra lengua, ya que no sólo las cámaras fotográficas guardan imágenes, la lengua oral, también. Mas eso no es todo, las imágenes e información que guardan las leyendas se confunden con la realidad y lo fantástico.



El toro de Creta¹⁴

- Reflexiona.
¿Qué te sugiere el título de la leyenda?

El rey Minos de Creta prometió un día ofrecer sacrificios a Neptuno, el poderoso dominador de los mares. Para ello hizo venir a Creta a los bueyes más robustos de la Tierra, pero ninguno le parecía bastante digno del dios. Entonces el rey fue a arrodillarse en el templo de Neptuno y dijo:

—Yo te juro espléndido Numen de los abismos marinos, que te ofreceré al animal que hagas surgir de las espumas de tus ondas misteriosas.

- Reflexiona.
¿Cómo imaginas que es el toro de Creta?

Y Neptuno, complacido ante aquel regio homenaje, hizo salir de las ondas un magnífico toro. Era tan bello de aspecto, tan perfecto de forma y majestad, que Minos no podía decidirse a sacrificar animal tan soberbio. Por ello, en el rito augural celebrado en el templo del dios, en vez del toro surgido de la espuma del mar, ordenó que se matara a una víctima menos perfecta.

- Reflexiona.
Por no cumplir el rey Minos su promesa, ¿qué crees que ocurra hacia el final de la leyenda?

Indignado ante tanta deslealtad, Neptuno inspiró entonces al toro surgido de las ondas, una indomable ferocidad. Y la



¹⁴ Anónimo.

fiera enloquecida y mugiente, llegó a ser el terror del país. Euristeo, rey de Tirinto, encargó entonces a Hércules que fuese a Creta, no para matar al toro, lo que acaso para el héroe hubiese sido más sencillo, sino para apoderarse de él y traerlo sano y salvo al palacio real.

Hércules, cuando vio al toro furioso, lo afrontó con impulso formidable, lo agarró por los cuernos y lo obligó con el rigor de sus brazos a doblar la cerviz ante él. Después, envolviéndole como un manso corderillo en una gran red, se lo cargó sobre los fuertes hombros, y con aquel dulce peso, cruzó tierras desoladas, atravesó los mares y llegó sano y salvo al palacio de Euristeo.

Midas¹⁵



► Reflexiona.

¿Qué te sugiere la imagen anterior?

¿De qué crees que tratará la siguiente leyenda?

¿Habías oído hablar del rey Midas?

Los sátiros y las bacantes iban con el dios Baco; pero Isleño no había podido seguirle: algunos labradores lo encontraron ebrio y titubeando y le condujeron ante Midas, instruido por Orfeo y Eumolpo en los misterios de Baco. Este príncipe lo recibió magníficamente y lo

retuvo durante diez días, que fueron empleados en jolgorios y festines. Al onceno día partieron para Ladia, donde este mismo rey entregó a Baco su huésped. Encantado este dios de volver a ver a Isleño, ordenó al rey de Frigia le pidiera todo lo que deseaba. Midas, sin medir lo peligroso de su petición, le rogó que todo cuanto él tocara se convirtiese en oro.

¹⁵ Anónimo.

► Reflexiona.

¿Piensas que el deseo de Midas será cumplido? ¿Qué consecuencias tendría Midas, si su deseo se hiciera realidad?

Consintió Baco en su deseo, retirándose Midas colmado de felicidad. Por de pronto tomó una rama de árbol, cambiándose al momento en una rama de oro. Arrancó unas espigas de trigo y se transformaron al momento en la más preciosa mies. Apenas tocó las puertas de su palacio, comenzaron a despedir fulgores refulgentes.

Al lavarse las manos, el agua que caía tomó color que hubiera podido engañar a Danaé. Encantado de virtud tan extraordinaria, se entregó a los transportes de su alegría. Cuando fue a la mesa quiso tomar el pan, se le convirtió en oro. Lo mismo le sucedió con todas las demás viandas y el vino. Sorprendido por este detalle, con el que no contó, rico y pobre a la vez, detestó una opulencia tan funesta y se arrepintió de haberla deseado. En medio de tanta abundancia no podía satisfacer su hambre ni aplacar la sed que le devoraba.

► Reflexiona.

¿Cuál podría ser el mensaje que extraerías de la experiencia de Midas?

“Padre Baco —imploraba—, reconozco mi falta; perdonadme y libradme de un estado que no es bueno, sino en la apariencia.” Baco, dulce y bienhechor, le concedió de nuevo su petición: “Vete y lava las manos en el río que corre cerca de la ciudad de Sardes, introdúcelte en sus aguas para purificarte del pecado cometido.” Midas obedeció, y al perder él la virtud de convertir en oro todo lo que tocaba, se la transmitió a Pactolo, que tiempo después arrastraba arenas de oro. Como ese río se desborda con frecuencia e inunda las campiñas, se encuentra en ellas las venas de oro que él deja.

► Escribe qué otro final le pondrías a la leyenda.

La casa encantada¹⁶

► Reflexiona.
¿Cómo imaginas la casa encantada?

Érase una vez un rico brahmán que se había mandado a construir un magnífico palacio, con mármoles preciosos y cuyo interior amuebló con gran lujo. Cuando su nueva casa estuvo acabada, se trasladó a ella con sus criados.

Pero la primera noche que pasó en aquel palacio le ocurrió algo extraño. Cuando se había retirado a su habitación, que era la más lujosa de toda la casa, y se iba a acostar, oyó una voz profunda que decía:

—¿Puedo bajar?

El hombre asombrado, se sentó en la cama y miró a su alrededor; no había nadie. Pero la voz repitió aquellas palabras por segunda vez. Entonces, el brahmán empezó a temblar de miedo, se vistió a



¹⁶ Anónimo.



toda prisa y salió precipitadamente de la habitación. Toda la noche se la pasó junto a la puerta principal de la casa, dispuesto a huir a la primera alarma. Cuando amaneció, llamó a sus criados y les mandó que cerraran herméticamente toda la casa y se reunieran con él en su antigua morada, a la que había decidido volver.

► Reflexiona.
¿Te parece razonable la decisión del brahmán? ¿Qué habrías hecho tú?

Pronto se difundió por la ciudad el rumor de que la magnífica casa del brahmán estaba habitada por el diablo en persona. Eran muchos los curiosos que acudían a verla, pero nadie se atrevía a traspasar el umbral.

Un día un brahmán pobre, que vivía con su numerosa familia al aire libre, pues no tenía medios de hallar un refugio, fue a ver al brahmán rico y le dijo:

—Noble señor, yo soy muy pobre y no tengo con qué alimentar a mis hijos ni dónde albergarlos para evitar la lluvia y los rigores del invierno. Sé que tu casa nueva está deshabitada y que nadie se atreve a entrar en ella. Déjame pasar el invierno con mi familia en esa casa.

—Muy bien —contestó el rico—; pero te advierto que la casa está encantada.

—No importa. Siempre es mejor una casa encantada que la intemperie y el frío.



Reflexiona.

¿Qué aventuras imaginas que podrán ocurrirle al brahmán pobre dentro de la casa encantada?

El brahmán rico accedió a la petición del pobre, y éste se trasladó en seguida al palacio. Al llegar la noche, se dirigió a la habitación que el dueño había preparado para él y se dispuso a acostarse. De repente oyó una voz profunda:

—¿Puedo bajar?

—Baja, baja —contestó el brahmán, que no estaba nada asustado.

Y entonces, ¡oh, maravilla!, del techo bajó una lluvia de monedas de oro que cayeron al suelo, produciendo alegre ruido.

—Ahora basta —dijo el brahmán al cabo de un rato, y la lluvia cesó.

Al día siguiente, el pobre se dirigió a casa del brahmán rico y le contó la extraordinaria aventura que le había ocurrido. El dueño quiso ver el milagro con sus propios ojos y decidió pasar la noche en la habitación encantada con el otro brahmán.

Aquella noche se repitió la misma escena que la noche anterior. La voz misteriosa preguntó:

—¿Puedo bajar?

El brahmán contestó:

—Baja, baja.

Y entonces, desde el techo empezó a caer la lluvia de monedas de oro. Pero, indudablemente, por arte de magia, el brahmán pobre

veía caer monedas de oro, mientras que el brahmán rico veía que del techo bajaban horribles escorpiones, que echaban a andar por el suelo. Horrorizado, huyó precipitadamente y no quiso volver a poner nunca más los pies en aquella casa.

- Reflexiona.
¿Cuál imaginas que será el desenlace de la leyenda?

Se la regaló al brahmán pobre, que vivió en ella durante toda su vida, y gracias a aquella lluvia de oro, que se repetía cada vez que lo deseaba, dejó de ser pobre. Vivió el resto de sus días en buena posición, e hizo mucho bien a los pobres de la ciudad, recordando que él también había sido pobre la mayor parte de su vida.

- Reflexiona.
¿La leyenda se desarrolló de acuerdo con lo que previste al inicio de ella?
- Disfruta la narración de esta leyenda dentro de tu disco compacto *Voces e historias*.

Los descendientes del Sol¹⁷

- Reflexiona.
A partir del título, imagina de qué podrá tratar la leyenda.
¿Dónde crees que se desarrolle este relato?

En la riquísima región de Darién vivieron, desde los más remotos tiempos, los indios cunas. Ellos tuvieron como ascendiente al mismo Sol. Y sus tierras son las más hermosas que jamás se hayan contemplado. Los dioses les dieron montañas en cuyo seno está guardado el oro, lagunas encantadas, ríos de profundas corrientes, selvas pobladas por los más hermosos árboles y los más vistosos animales.

¹⁷ Anónimo.

► Reflexiona.

¿Cómo imaginas la vida del hombre que aparece en la imagen?
¿Cuál crees que sea su papel dentro de este relato?



En un tiempo, del que ya no va quedando ni la memoria, el hechicero de la tribu, el nele, era un hombre bueno y sabio, de costumbres sanas y vida generosa, por lo que fue amado especialmente por el dios Sol.

El dios quiso premiarlo con un don que fuera de su agrado. Una tarde, a la hora del sacrificio acostumbrado, se presentó al nele y le ordenó que eligiera algo, que le concedería lo que él quisiera. El nele se consideró indigno del favor del dios y no le pidió nada. Pero el Sol, admirado de su humildad, repitió el ofrecimiento sin condiciones. El buen nele pidió al dios que le concediera un tiempo para pensarlo bien.



Reflexiona.

Si fueras el buen nele, ¿qué deseo le pedirías al dios Sol?

¿Qué tomaste en cuenta para elegir el don?

Y como era bueno, pensó que debería pedir algo que beneficiara a los demás, pues su vida estaba ya tan avanzada, que poco tiempo más sobreviviría. Descartó la idea de pedir algo para uno solo, que se haría objeto de la envidia de los demás, por lo que el odio triunfaría sobre todos los sentimientos de la tribu. Le era muy difícil encontrar un don que hiciera felices igual a todos, a hombres y mujeres. Y tampoco sabía si el dios Sol estaba dispuesto a dar el don no solamente a él, sino a muchos al mismo tiempo.



Reflexiona.

¿Los aspectos que consideraste antes de leer este párrafo se parecen a los que plantea el texto?

De acuerdo con estos aspectos, ¿cambiarías el don solicitado o mantendrías el mismo?

Volvió a consultarle, en su diario sacrificio. Y el dios Sol le repitió el ofrecimiento. El nele había tenido una idea magnífica, pero ambiciosa. Y se la dijo al Sol. Había soñado tener como cacique de su tribu a un hijo del dios. Al Sol le pareció una cosa grande lo que le pedía, pero accedería si todos estaban de acuerdo en la tribu con el deseo del nele. La gente, al saberlo, quedó muda de asombro. Luego expresaron su gratitud al nele con gran alegría. El ofrecimiento era demasiado hermoso para haberlo deseado ellos antes. El nele se apresuró aquella tarde a dar su respuesta al Sol.

Durante tres días, la tribu entera se entregó a elevar preces a los dioses y a ofrecer sacrificios. Al amanecer del último día, los rayos del Sol se esparcieron por el cielo azul, como una gran corona de oro. Se abrió el cielo y apareció en medio de la luz un niño maravilloso, de cabellos rubios y ojos claros, con la tez de nácar, que le daba la

mano a una niña bellísima. Los dos avanzaron desde el confín del cielo hasta llegar al lugar en que el nele y la tribu les esperaban. Todos cayeron de rodillas frente a ellos, dando gracias al Sol.



► Reflexiona.

A partir del desarrollo de la leyenda, ¿qué crees que suceda con la llegada de estos niños?

Los llevaron a un palacio de oro que les tenían preparado, y toda la tribu se desvivió por llevarles cuanto podía contribuir a su comodidad y su bienestar sobre la Tierra. Los jardines se llenaron de plantas y flores, entre las que vivían las aves de más variados plumajes y multicolores mariposas. Los frutos más jugosos y exquisitos les fueron presentados, junto con las viandas más sabrosas. La pareja fue creciendo al cuidado de todos. Pasado unos años estaban convertidos en dos jovencitos esbeltos y gentiles, adorados por toda la tribu. Ellos se

amaron apasionadamente y sus bodas se celebraron con grandes fiestas, danzas guerreras y cantos que tuvieron hermosas realizaciones. Fueron felices algún tiempo, pero después de pocos años, la joven pareja se olvidó de su amor y de su origen divino. Fue el hijo del Sol el primero que, hastiado de su celestial esposa, buscó un nuevo amor entre las bronceadas muchachas de la tribu. Luego fue ella, la esposa olvidada, quien trató de hallar compensaciones entre los guerreros de la tribu.

► Reflexiona.

De acuerdo con lo que has leído, ¿cómo consideras que será el final de la leyenda?

El dios Sol expresó su cólera ante semejante conducta de sus hijos. Y los condenó a perder el don de la divinidad dejándolos sobre la Tierra, expuestos a los mismos sufrimientos de los demás mortales. Fueron inútiles los ruegos de toda la tribu al dios Sol. El castigo se cumplió.

Desde entonces, los hijos del Sol vivieron como todos los demás. De su unión con los indios queda la raza de los cunas; raza superior por ser descendiente de un dios. De sus primeros hijos, los que nacieron cuando aún se amaban, descienden los albinos, esos seres de ojos azules que no resisten la luz del día, de pelo dorado casi blanco, que se distinguen de los demás cunas como representantes verdaderos del dios Sol.

► Reflexiona.

¿Cuál es la enseñanza que extraes de la leyenda? ¿Te has preguntado si se hubiera creado una leyenda para explicar el origen de la piel morena?

► Escribe cómo podrías aplicarla en tu vida.

Los engañadores¹⁸

► Reflexiona.
¿Qué esperas de esta leyenda después de leer el título?
¿En qué consistirán sus habilidades para engañar?

Desde que el hombre existe surgió la idea de lo bueno y lo malo. Han pasado los siglos y ese concepto de la luz y la sombra aún existe, encontrándose en todas las religiones.

Hace mucho tiempo, ante los habitantes de Xibalbá un día se presentaron dos pobres de rostro avejentado y miserable aspecto, vestidos de harapos. Así fueron vistos por los de Xibalbá.

Y poco era lo que hacían. Sólo se ocupaban en bailar la danza del Puhuy —lechuza—, la de la Cuz —comadreja— y la del Iboy —armadillo—.

Además, obraban prodigios. Quemaban las casas como si en verdad ardieran y al punto las volvían a su estado original. Muchos de los de Xibalbá los contemplaban asombrados. Después se despedazaban a sí mismos, se mataban uno al otro; tendíase como muerto el primero, y al instante lo resucitaba el otro.

¹⁸ Anónimo.

Llegaron enseguida esas noticias a oídos de Hun-Camé y de Vacub-Camé, los señores de la misión infernal. Y enviaron a sus mensajeros a que los llamaran, con halagos.

—¿No estáis viendo que no somos sino unos pobres bailarines? —dijeron ellos, disculpándose para no acudir a presencia de los señores—. ¿Qué les diremos a nuestros compañeros de pobreza que han venido con nosotros y desean ver nuestros bailes y divertirse con ellos? ¿Por ventura podríamos hacer lo mismo con los señores? Así, no queremos ir, mensajeros —dijeron Hunahpú e Ixbalanqué.



Llegaron al fin (tras de que los mensajeros recurrieron a pagarles para que marchasen) ante los señores, con aires encogido e inclinando la frente; llegaron haciendo reverencias, prosternándose, humillándose. Se les veía extenuados, andrajosos, y su aspecto era lastimoso, en verdad, cuando llegaron.

—¿De dónde venís? —les preguntaron.

—No lo sabemos, señor. No conocemos la cara de nuestra madre ni la de nuestro padre; éramos pequeños cuando murieron —respondieron.

—No os aflijáis, no tengáis miedo —les fue dicho— ¡Bailad! Hacer primero la parte en que os matáis; quemad nuestra casa, haced todo lo que sabéis. Y os daremos recompensa, pobre gente —les dijeron. Entonces principiaron sus cantos y bailes.

Les dijo el señor:

—Despedazad a mi perro y que sea resucitado por vosotros.
Y eso hicieron y, aunque estaban todos juntos los señores dentro de la casa, no se quemaron.

—Matad ahora a un hombre, sacrificadlo, y que vuelva a la vida.
Así lo hicieron, y el hombre no murió, pues que ellos le dieron nuestra vida.

—¡Sacrificaos ahora a vosotros mismos, que los veamos nosotros!

—Muy bien —contestaron—. Y a continuación se sacrificaron. Hunahpú fue sacrificado por Ixbalanqué. Uno por uno fueron cercenados sus brazos y piernas, separada su cabeza y llevada a distancia; su corazón arrancado del pecho y lanzado sobre la hierba. Los de Xibalbá estaban fascinados.

Y Hunahpú volvió a la vida, al conjuro de Ixbalanqué.

—¡Haced lo mismo con nosotros! ¡Sacrificadnos! —dijeron los señores.

Y he aquí que primero sacrificaron al que era jefe y señor, Hun-Camé de Xibalbá. Y muerto Hun-Camé, se apoderaron de Vacub-Camé y lo mataron. Y no los resucitaron...

► Reflexiona.

¿En qué sentido se relaciona el título de la leyenda con la historia narrada?

El aprendiz de Platero¹⁹

- Reflexiona:
 ¿Qué te sugiere el título?
 ¿De qué crees que va a tratar el texto?

En la antigua calle de San Francisco llamada después de la Platería o de los Plateros, porque en ella residió el gremio de los Artesanos que labraban y pulían la plata, estableció su tienda, desde el año de 1563, un modesto artífice a quien sus vecinos y compañeros conocían por su nombre de pila: el maestro Eligio.

Se llamaba Eligio Rodríguez y sabía honrar el apellido que heredó de sus antepasados, famosos por sus obras que enriquecieron algunos de sus santuarios de España.

Siguiendo la tradición de su familia, él rehusó fabricar joyas profanas para dedicarse únicamente a la manufactura de objetos suntuosos destinados al culto, porque comprendía que de ese modo sus obras perdurarían como las de sus mayores, y la labor de sus manos sería más meritoria si se empleaba en la construcción de aquello que estaba cerca de Dios. Siempre fijaba un elevado precio a sus trabajos, porque sabía que los devotos no regateaban.

- Reflexiona:
 ¿Por qué creía Eligio que debían pagar muy bien su trabajo?

Ejercitándose en las mismas tareas, sus manos eran hábiles y delicadas, para fundir con perfección los copones y los cálices, de ornato minucioso; y cincelaba tan bellamente las custodias que, al salir de su taller, los rayos de oro brillaban tanto como los rayos del sol en la alborada.

Viendo como se fundía el metal y cuajaba luego, según su voluntad adoptando las formas y contornos que le dictaba su capricho, pasó

¹⁹ Juan Coronado, *Para leerlo mejor* 3, Limusa, México, pp. 42-45.

la vida para él tan levemente como si fuera con los pies descalzos por un sendero de arena fina.

Y un día, al contemplarse en la bruñida superficie de una patena, vio su rostro encanecido y sus mejillas arrugadas lo mismo que una flor seca. Poco después empezó a sentir que su mano temblaba al burilar las custodias; y ya no le parecieron tan brillantes, a pesar de que las pulía más, porque donde faltaba brillo era en sus ojos.

Por el año de gracia de 1592, cuando había llegado a los 74 de edad, el maestro Eligio comprendió que, como no tenía hijos ni parientes cercanos, necesitaba buscar un aprendiz para transmitirle sus conocimientos— si quería perpetuar su fama— y para que le ayudase en el trabajo, que cada vez desempeñaba con mayor lentitud, aunque la perfección fuera siempre la misma.



Reflexiona:

¿Qué crees que va a hacer el maestro Eligio para postergar sus conocimientos?

Inquirió entre sus escasas relaciones, más pasó algún tiempo sin que se presentara algún solicitante. Al cabo, cierto prior le dijo que tenía noticias de un joven que había sido educado en uno de los conventos de Puebla de los Ángeles y que deseaba aprender el oficio de platero con algún artífice de renombre.

Aceptó enseñarle el maestro Eligio, y una mañana cuando alzó la vista de la pieza de oro que bruñía, vio en el hueco luminoso de la puerta, la figura de un mozo de unos 17 años, que le saludaba con timidez, mientras hacía gira, entre sus manos la gorra de terciopelo oscuro.

Le hizo entrar y sentarse, y desde aquel día lo tuvo a su lado, mientras él trabajaba; le dio explicaciones, y de cuando en cuando le en-

comendó trabajos sencillos; emplear el soplete de boca y reunir pequeñas limaduras de metal que sus ojos ya no percibían.

En tanto que trabajaba sin descanso, con sus dedos temblorosos y ágiles el viejo artífice daba consejos al joven aprendiz, que lo escuchaba sin pestañear, viendo cómo se plegaban y deshacían las arrugas de la calva frente:

—Mira —decía el maestro— de qué modo empiezo a dibujar este símbolo sagrado; primero suavemente, para que las líneas débiles sirvan de guía a la mano, en las siguientes, y de esa manera no lleguen a desviarse (dame aquella pinza.) Éste es el modo más sencillo y seguro de trazarlos. Debes fijarte bien, para que pronto, bajo mi cuidado, pases a ser oficial, cuando el señor veedor...(No me ocultes la luz con tu cara)...cuando el señor veedor considere que ya puedes dejar de ser aprendiz. Trae un lienzo limpio, y de paso, ve si no se ha apagado la lumbre, Anda.

Y el joven dócilmente, oía los consejos y ejecutaba las órdenes del maestro.

Poco a poco, de una manera insensible, el aprendiz fue familiarizándose con aquellas labores y el platero llegó a confiarle algunas tareas de mayor importancia pues vio que era paciente y cuidadoso. Nunca por negligencia suya, llegó a quedar imperfecta alguna pieza, al fundirse; y cuando cometía alguna torpeza involuntaria, por impericia, atendía las indicaciones con humildad y respeto.

De este modo, llegó a ganarse la simpatía y la confianza del maestro Eligio y logró que le permitiera auxiliarle en algunas otras faenas, como en el polímetro final de los cálices, de los copones y las custodias.

En el interior de la tienda, sobre la basta mesa, que bañaba la clara luz una ventana con gruesos barrotes, el aprendiz frotaba con un paño

y unos polvos las obras que ya estaban terminadas, para sacar brillo a todos los rincones ennegrecidos por los ácidos y por el fuego.

Para no despertar la codicia de los extraños, el taller estaba en el fondo de la platería, y el aprendiz trabajaba con la puerta cerrada, mientras el viejo artífice sentado junto a la entrada se dedicaba a labores sencillas, sin dejar de ver, según su costumbre, el paso de la gente y el desfile de literas de las damas que iban a visitar el convento de los franciscanos.

Así trabajaban todo el día aprovechando la luz del sol desde el amanecer hasta el ocaso.

Con frecuencia el maestro Eligio se levantaba trabajosamente, y con mucha lentitud sin hacer ruido, iba a ver por la cerradura al joven aprendiz porque a pesar de la confianza que en él tenía depositada, no dejaba de pensar que hay pícaros que fingen ser honrados para mejor lograr sus fines perversos.



Reflexiona:

¿Por qué desconfiaba el maestro Eligio?

¿Qué pensaba encontrar al observar a su aprendiz?

Pero nada había tenido hasta entonces que reprocharle, ni en su honradez ni en su trabajo.

Sólo en una ocasión cuando pulía un cáliz de oro, con relieves místicos, había notado el platero que su aprendiz tardaba más tiempo del necesario; pero lo atribuyó a la minuciosidad con que limpiaba los ornatos y dibujos menudos.

Cierta vez, al observarle con detenimiento, observó que el joven se abstraía contemplando los símbolos, realzados en el exterior de la copas en torno de su pie; los medallones en que se veían los instru-

mentos de la pasión; la cruz, los clavos, el martillo, la escalera, las lanzas.

Se abstraía al ver con atención cada objeto, como si reflexionara en lo que significaban, y a veces poseído de una especie de ensueño, alzaba lentamente el cáliz, con las manos juntas como el sacerdote al consagrar, en misa. Alzaba el cáliz hasta que un rayo de sol, al penetrar por la ventana enrejada, vería en él su cascada de oro, y arrancaba deslumbrantes resplandores que iluminaban la cara del aprendiz con una luz extraña.

El maestro Eligio, al contemplar aquella escena en silencio sin moverse, volvía a desandar el camino con paso torpe y lento sin hacer ruido, y después de sentarse, transcurrido algún tiempo, gritaba con la voz un poco temblorosa.

—¿Qué haces Felipe?...

No reprendía el anciano platero a su aprendiz, a pesar de sus distracciones eran cada vez más frecuentes. Por el contrario a veces cuando lo tenía cerca, mientras el joven seguía la obra de sus manos, el artífice miraba el rostro del joven, y sonreía con la expresión benévola de un abuelo complaciente.

Más un día en que el maestro Eligio fue a espiar por la cerradura, llegó a tiempo para ver como el aprendiz daba vuelta a la llave de un cofrecillo que contenía los deshechos de plata y oro y vaciaba su contenido sobre la mesa.

Luego, el maestro vio que revolvía aquellos fragmentos irregulares, y, después de desabrocharse el jubón, ocultaba uno de ellos.

El maestro Eligio, indignado, sin poder contener la ira, golpeo con los puños la puerta, fuertemente. Gimió el cerrojo; apenas se abrió la

puerta, el platero se arrojó sobre el aprendiz, a quien derribó sobre la mesa. Mientras le sujetaba por el cuello, su mano temblorosa abrió el jubón, para hurgar en el pecho, entre la ropa.

Pronto dio la mano del maestro con el trozo que había escondido el aprendiz: formaba un bulto perceptible bajo la camisa. Ávidamente, sus dedos lo acercaron a la luz.

Pero aquello que había creído oro, no brillaba; era una piedra oscura, alargada que el aprendiz había tallado en forma de cruz, laboriosamente...

Años después a bordo de un galeón, llegó a Manila el joven que había sido aprendiz de platero; en el convento de Santa María de los Ángeles recibió el hábito, y se llamó desde entonces, Felipe de Jesús.

► Reflexiona:
¿Qué otro final le darías a la leyenda?

Frases célebres

Las frases célebres, brillantes y relucientes perlas de un collar, trascienden sobre el tiempo porque siempre tienen algo nuevo que decir al mundo. Son como un largo amanecer. Una frase célebre guarda su esencia, como los frutos más ricos y sabrosos, dentro de su cáscara. Las frases célebres se destacan de todo un discurso porque ofrecen una observación puntillosa del que la dijo. Las frases célebres son monumentos erigidos a un comentario sabio o inteligente. Por ello mismo, las frases célebres iluminan sin interrupciones el pensamiento del mundo.



*Entre los individuos, como entre las naciones,
el respeto al derecho ajeno es la paz.*
Benito Juárez

- Reflexiona:
- ¿Sabes quién fue Benito Juárez?
 - ¿Cómo aplicarías esta frase en tu vida laboral?

*La buena madera no crece
con facilidad: cuanto más
fuerte es el viento, más fortaleza
tienen los árboles.*
J. Willard Marriott

- Reflexiona.
¿En qué aspectos de tu vida has aplicado esta frase?

Haz lo que ames, porque así amarás lo que haces.
Anónimo

- Reflexiona.
¿Cuáles serían los beneficios, si esta frase célebre se llevara a cabo?

La duda suele ser el principio de la sabiduría.
M. Scott Peck

- Reflexiona.
¿Por qué piensas que la sabiduría surge de la duda?

Todos los triunfos nacen cuando nos atrevemos a comenzar.
Eugene Ware

- Reflexiona.
¿Cuántos triunfos has alcanzado gracias a tu decisión y atrevimiento?

- Recuerda.
Hazte preguntas al terminar de leer cada una de las frases. Aun cuando tienen pocas palabras, estas frases guardan la riqueza de la experiencia.

*Sólo venimos a dormir,
sólo venimos a soñar:
¡No es verdad, no es verdad
que venimos a vivir en la tierra!
Como hierba en cada primavera
nos vamos convirtiendo:
está reverdecido, echa sus brotes,
nuestro corazón.*

Algunas flores produce nuestro cuerpo y por allá queda marchito.²⁰



²⁰ Anónimo. "Sólo venimos a dormir" en Gobernantes del imperio azteca, México, Departamento del Distrito Federal, 1984, p. 28.

Las cadenas del hábito son demasiado débiles para sentir las, hasta que son demasiado fuertes para romperlas.
Samuel Johnson



Todo hombre que conozco es superior a mí en algún sentido, en ese sentido aprendo de él.
Emerson

Realiza cada acto de tu vida como si fuera el último.
Marco Aurelio



Lo que no quieras que los otros te hagan a ti, no lo hagas a otros.
Confucio

Una mentira es como una bola de nieve: cuanto más tiempo se le hace rodar, más grande se vuelve.
Lutero



*La amistad es un alma que habita en dos cuerpos;
un corazón que habita en dos almas.*
Aristóteles



*La libertad no hace felices a los hombres,
los hace simplemente hombres.*
Manuel Azaña

*La vida es fascinante: sólo hay que mirarla
a través de las gafas correctas.*
Alejandro Dumas



*Sorprendernos por algo es el primer paso
de la mente hacia el descubrimiento.*
Louis Pasteur

*El conocimiento se adquiere por medio del estudio;
la sabiduría, por medio de la observación.*
Marilyn von Savant

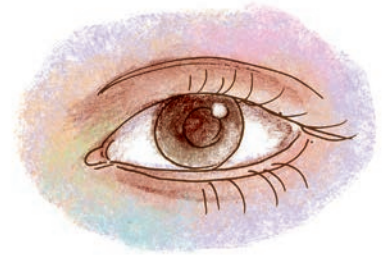


*Tómate tiempo para escoger un amigo;
pero sé más lento aún en cambiarlo.*
Benjamín Franklin



Ser libre obliga a dejar en libertad a los demás.
Anónimo

La belleza está en el ojo del observador.
David Hume



*Sabio no es el que da las respuestas correctas;
es el que hace las preguntas correctas.*
Claude Lévi-Strauss

Sentencias

Un sabio o una gran sabia, nadie lo sabe, dijo que la sabiduría era buena, pero si era breve, era dos veces buena. En realidad, las sentencias, textos muy breves, como cuentas de cristal, son la luz en la oscuridad; son sabiduría pura, son el agua en medio del desierto. Por lo regular, las sentencias surgen del pensamiento de personas observadoras e inteligentes, que intentan abrir al mundo una ventana para ver mejor la realidad, o para intentar mejorarla.



Los cuatro acuerdos de la sabiduría tolteca*

Si pone en práctica estos cuatro acuerdos, su vida puede cambiar:

1. No suponga. No dé nada por supuesto. Si tiene duda, aclárela. Si sospecha, pregunte. Suponer le hace inventar historias increíbles que sólo envenenan su alma y que no tienen fundamento.

2. Honre sus palabras. Lo que sale de su boca es lo que usted es. Si no honra sus palabras, no se está honrando a sí mismo; si no se honra a sí mismo, no se ama. Honrar sus palabras es honrarse a sí mismo, es ser coherente con lo que piensa y con lo que hace.

3. Haga siempre lo mejor que pueda. Si siempre hace lo mejor que pueda, nunca podrá recriminarse nada o arrepentirse de nada.

4. No se tome nada personal, ni la peor ofensa ni el peor desaire ni la más grave herida. Quien intenta ofender lo hace porque tiene un veneno del cual no sabe cómo descargarse. En la medida en que alguien intenta lastimar, en esa misma medida se lastima a sí mismo. Déjelo, porque el problema es de él, no suyo.



* Anónimo

Otras

Se puede esconder el fuego, pero ¿qué se hace con el humo?

Anónimo

*¿Qué sentido tiene correr cuando estamos
en la carretera equivocada?*

Anónimo

Un libro es como un jardín que se lleva en el bolsillo.

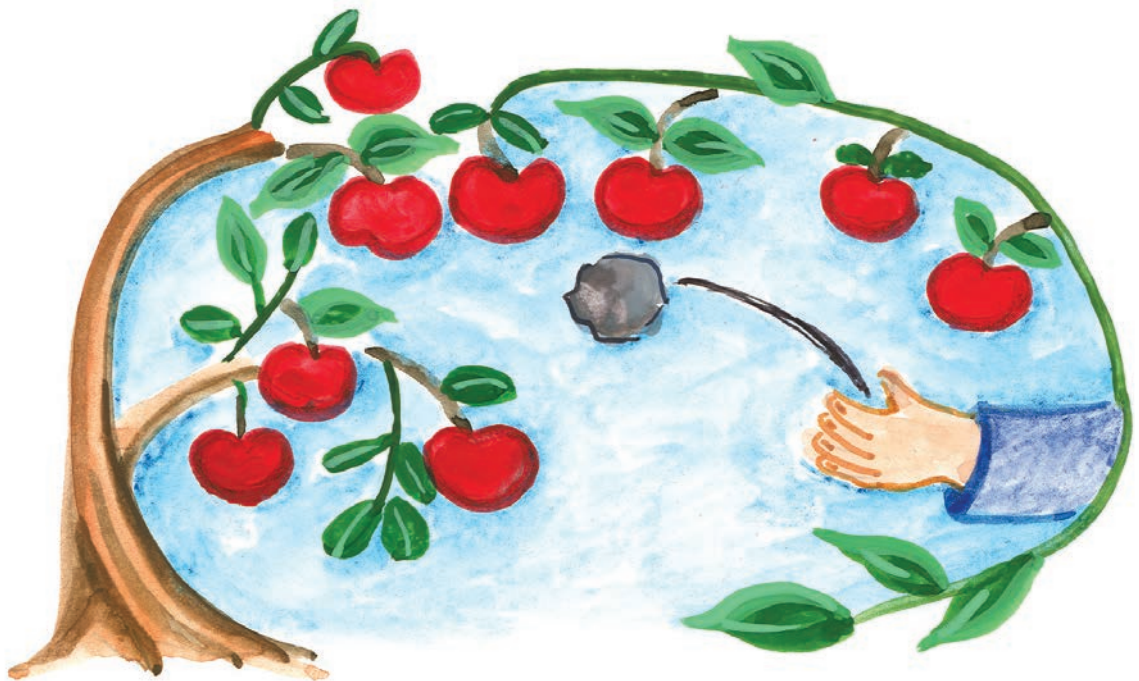
Anónimo

*No hables si lo que vas a decir
no es más hermoso que el silencio.*

Anónimo

*Quien no comprende una mirada tampoco
comprenderá una larga explicación.*

Anónimo



*Lo pasado ha huido, lo que esperas está ausente,
pero el presente es tuyo.*

Anónimo

*Quien se empeña en pegarle una pedrada a la luna no lo
conseguirá, pero terminará sabiendo manejar la honda.*

Anónimo

Hasta la raíz más pequeña encuentra su leñador.

Anónimo

Sólo se tiran piedras contra el árbol que da frutos.

Anónimo

La unión en el rebaño obliga al león a acostarse con hambre.

Anónimo

El cheque por cien mil afanes²¹

Hijo:

*Si quieres amarme bien puedes hacerlo,
tu cariño es oro que nunca desdeño.*

*Mas quiero comprendas que nada me debes,
soy ahora el padre tengo los deberes.*

*Nunca en las angustias por verte contento,
he trazado signos de tanto por ciento.*

Ahora, pequeño, quisiera orientarte:

mi agente viajero llegará a cobrarte.

*Será un niño tuyo: gota de tu sangre,
presentará un cheque de cien mil afanes...*

*Llegará a cobrarte y entonces, mi niño
como un hombre honrado a tu propio hijo deberás pagarle.*

Rudyard Kipling

²¹ Tomado de <http://www.nuestraedad.com.mx/cheque.htm>
consulta 19 de diciembre de 2007

Refranes

Los refranes comparten similitudes con las sentencias: también quieren ofrecer al mundo consejos y sabiduría. Un refrán sintetiza el conocimiento de la vida, tiene la cualidad de llegar a todos lados, de correr de boca en boca.

Por eso es que los refranes no tienen un autor preciso, sino que es la experiencia de todo un pueblo la que los crea. Además, los refranes se sienten más a gusto en los ropajes de la oralidad, que dentro de los vestidos de la escritura. Los refranes casi siempre se dicen, casi nunca se escriben. En el fondo, los refranes (una forma de conocimiento de la vida) parecen traviesas mariposas de sabiduría, porque dentro de una conversación, aparecen y revolotean por aquí y por allá.



Al buen entendedor, pocas palabras.

Agua que no has de beber, déjala correr.

No hay mal que dure cien años ni persona que lo aguante.

Al hombre que camina no se le paran las moscas encima.

Antes que acabes, no te alabes.

Amigo en la adversidad, amigo de verdad.

Aprende bien a callar, para que sepas hablar bien.

Aunque la mona se vista de seda, mona se queda.

Con virtud y bondad se adquiere autoridad.

De buena semilla, buena cosecha.

Despacio voy, porque de prisa estoy.

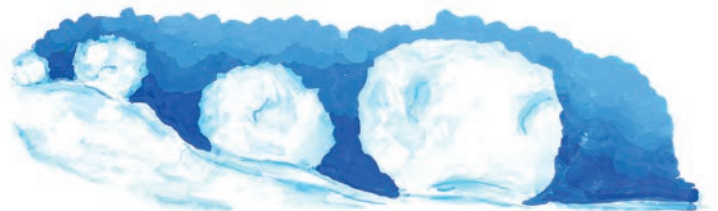
El que de mañana se levanta, en su trabajo adelanta.

El que mucho corre, pronto para.

El que mucho habla, mucho yerra.

Honra y dinero se ganan despacio y se pierden ligero.

La pereza es madre de la pobreza.



Novelas y cuentos sabios

Todos los desean como si fueran una golosina sabrosa y apetecible. Todos quieren deleitarse con ellos. Las novelas y los cuentos, formados sobre una estructura narrativa, tienen la virtud de transportarnos a lugares lejanos y de adentrarnos en lo más profundo de los espíritus. Los cuentos son como la semilla del árbol mágico: son textos en prosa que, al contacto con los lectores, empiezan a germinar y a agigantarse más y más en la imaginación. Cuando una persona lee una novela o un cuento, los límites de la realidad desaparecen, sólo existe la fantasía; y dentro de ella cualquier cosa es posible. Por eso es importante detenernos ante un buen caramelo de éstos, ya que su sabor es inolvidable.



Platero y yo²²

(Fragmento)

► Reflexiona.
¿Qué te sugiere el título?

Platero es pequeño, peludo, suave, tan blando por fuera, que se diría todo de algodón, que no lleva huesos. Sólo los espejos de azabache de sus ojos son duros cual dos escarabajos de cristal negro.

► Reflexiona.
¿Quién es Platero? ¿Cómo te lo imaginas?

Lo dejo suelto y se va por el prado, y acaricia tibiamente con su hocico, rozándolas apenas, las florecillas rosas, celestes y agudas... Lo llamo dulcemente “¿Platero?”, y viene a mi con un trotecillo alegre que parece que se ríe en no sé que cascabeleo ideal...

Come cuando le doy. Le gustan las naranjas, mandarinas, las uvas moscateles, todas de ámbar, los higos morados con su cristalina gotita de miel...

Es tierno y mimoso igual que un niño, que una niña...; pero fuerte y seco como una piedra. Cuando paseo sobre él los domingos, por las últimas callejas del pueblo, los hombres del campo, vestidos de limpio y despaciosos, se quedan mirándolo:

—Tiene acero...

Tiene acero. Acero y plata de luna, al mismo tiempo.

► Reflexiona.
¿Cómo se relaciona el narrador con Platero?



²² Juan Ramón Jiménez.

Pedro Páramo²³

(Fragmento)



► Reflexiona.
Después de ver la imagen, ¿cómo piensas que es la personalidad de Pedro Páramo?

Vine a Comala porque me dijeron que acá vivía mi padre, un tal Pedro Páramo. Mi madre me lo dijo. Y yo le prometí que vendría a verlo en cuanto ella muriera. Le apreté sus manos en señal de que lo haría; pues ella estaba por morir y yo en un plan de prometerlo todo. “No dejes de ir a visitarlo —me recomendó—. Se llama de este modo y de este otro. Estoy segura de que le dará gusto conocerte.” Entonces no pude hacer otra cosa sino decirle que así lo haría, y de tanto decírselo se lo seguí diciendo aún después que a mis manos les costó trabajo zafarse de sus manos muertas.

Todavía antes me había dicho:

²³ Juan Rulfo.

—No vayas a pedirle nada. Exígele lo nuestro. Lo que estuvo obligado a darme y nunca me dio... El olvido en que nos tuvo, mi hijo, cóbraselo caro.



—Así lo haré, madre.

Pero no pensé en cumplir mi promesa. Hasta que ahora pronto comencé a llenarme de sueños, a darle vuelo a las ilusiones.

Y de este modo se me fue formando un mundo alrededor de la esperanza que era aquel señor llamado Pedro Páramo, el marido de mi madre. Por eso vine a Comala.

► Escribe un final para esta historia.

Si quieres saber más, busca en la biblioteca de tu localidad, este libro de Juan Rulfo.

La historia del carpintero²⁴



- Reflexiona.
Después de ver la imagen, ¿de qué crees que trate esta historia?

Había una vez un viejo carpintero que, cansado ya de tanto trabajar, estaba listo para acogerse al retiro y dedicarle tiempo a su familia. Así se lo comunicó a su jefe, y aunque iba a extrañar su salario, necesitaba retirarse y estar con su familia; de alguna forma sobrevivirían. Al contratista le entristeció mucho la noticia de que su mejor carpintero se retiraría y le pidió de favor que si le podía construir una casa más antes de retirarse.

- Reflexiona.
¿Cuál crees que sea el comportamiento del carpintero al hacer su última casa?
¿Imaginas para quién podría ser la casa?

El carpintero aceptó la proposición del jefe y empezó la construcción de su última casa pero, a medida que pasaba el tiempo, se dio cuenta

²⁴ Anónimo.

de que su corazón no estaba de lleno en el trabajo. Arrepentido de haberle dicho que sí a su jefe, el carpintero no puso el esfuerzo y la dedicación que siempre ponía, cuando construía una casa y la construyó con materiales de calidad inferior. Ésa era, según él, una manera muy desafortunada de terminar una excelente carrera, a la cual le había dedicado la mayor parte de su vida. Cuando el carpintero terminó su trabajo, el contratista vino a inspeccionar la casa. Al terminar la inspección le dio la llave de la casa al carpintero y le dijo:

“Esta es tu casa, mi regalo para ti y tu familia por tantos años de buen servicio.”

El carpintero sintió que el mundo se le iba... Grande fue la vergüenza que sintió al recibir la llave de la casa, su casa. Si tan sólo él hubiese sabido que estaba construyendo su propia casa, lo hubiese hecho todo de una manera diferente. Así también pasa con nosotros.



Reflexiona.

¿Qué reflexión crees que el autor de este texto hará en el siguiente párrafo?

A diario construimos relaciones en nuestras vidas, y en muchas ocasiones ponemos el menor esfuerzo posible para hacer que esa relación progrese. Entonces, con el tiempo nos damos cuenta de la necesidad que tenemos de esa relación. Si lo pudiésemos hacer de nuevo, lo haríamos totalmente diferente. Pero no podemos regresar. Tú eres el carpintero. Cada día martillas un clavo, pones una puerta o eriges una pared. Alguien una vez dijo: “La vida es un proyecto que haces tú mismo. Tus actitudes y las selecciones que haces hoy construyen la casa en la cual vivirás mañana”. ¡Construye sabiamente! Recuerda... trabaja como si no necesitaras el dinero; ama como si nunca te hubiesen herido; baila como si nadie te estuviera observando... Para el mundo tal vez tú seas una sola persona, pero para una persona tal vez tú seas el mundo.

El perro, la culebra y el niño²⁵

Vino el quinto privado ante el rey y dijo:

—Loado sea Dios. Tú eres entendido y mesurado, sabes que no debe hacerse alguna cosa apresuradamente antes que sepas la verdad; si por el contrario lo hicieres, será gran locura, y cuando lo quieras enmendar, no podrás, y te acontecerá como al dueño de un perro.

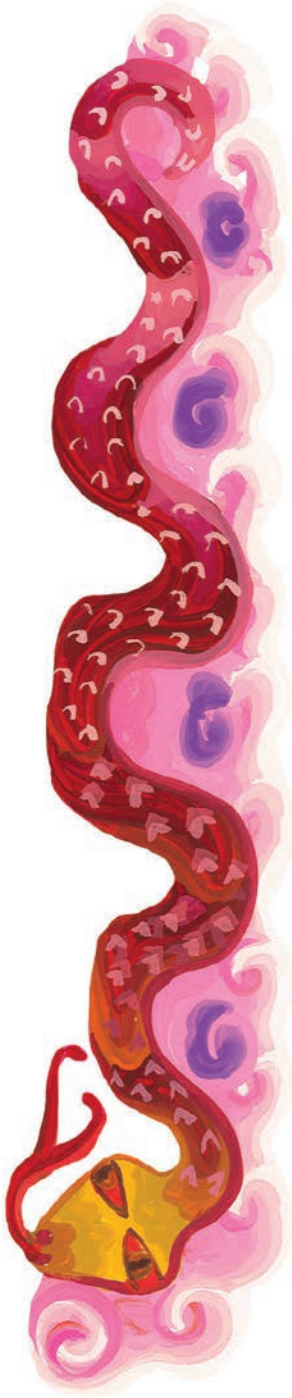
—¿Cómo fue eso?

—Señor, oí decir que un hombre, al servicio del rey, tenía un perro de caza muy bueno y muy inteligente, nunca le mandaba hacer cosa que no la hiciese. Vino un día que su mujer se fue a ver a sus parientes y le acompañó toda la servidumbre.

Y dijo a su marido: —Quédate con tu hijo que está durmiendo en la cuna, yo me tardaré allá, luego estaré aquí.

El hombre se sentó junto a su hijo, pero llegó un criado del rey, quien le mandaba a llamar con gran prisa, y el buen hombre dijo al perro: —Guarda bien este niño y no te apartes de él hasta que yo venga.

El hombre cerró su puerta y acudió ante el rey. El perro vigilaba junto al niño; vino una culebra muy grande, se dirigió al niño, por el olor de la leche materna, y lo quiso matar. El perro dio un salto y la despedazó.



²⁵ Anónimo.



- Reflexiona.
Después de ver la imagen, ¿en qué crees que termine este cuento?

El hombre regresó rápidamente, preocupado por su hijo que se había quedado solo. Cuando abrió la puerta salió el perro a alegrarse con su señor por lo que había hecho, pero traía la boca y los pechos ensangrentados.

- Reflexiona.
¿Qué crees que pensó el dueño del perro?

Cuando el señor lo vio, pensó que había matado a su hijo, metió mano a la espada, dio un gran golpe al perro y lo mató. Apresuradamente se acercó a la cuna y halló a su hijo durmiendo y la culebra despedazada a los pies de la cuna. Cuando vio esto, se abofeteó y arañó, pero no pudo hacer otra cosa. Túvose por malandante, ya que había errado.

Señor, que no te acontezca lo mismo en tus hechos, porque después no podrás arrepentirte.

El ruiseñor y la rosa²⁶

—Dijo que bailarían conmigo si le llevaba una rosa roja —se lamentaba el joven estudiante—, pero no hay una sola rosa roja en todo mi jardín.

Desde su nido de la encina, oyó el ruiseñor. Miró por entre las hojas asombrado.

—¡No hay ni una rosa roja en todo mi jardín! —gritaba el estudiante—. Y sus bellos ojos se llenaron de llanto.

—¡Ah, de qué cosa más insignificante depende la felicidad! He leído cuanto han escrito los sabios; poseo todos los secretos de la filosofía y encuentro mi vida destrozada por carecer de una rosa roja.

—He aquí, por fin, el verdadero enamorado —dijo el ruiseñor—. Le he cantado todas las noches, aún sin conocerlo; todas las noches les cuento su historia a las estrellas, y ahora lo veo. Su cabellera es oscura como la flor del jacinto y sus labios rojos como la rosa que desea, pero la pasión lo ha puesto pálido como el marfil y el dolor ha sellado su frente.

—El príncipe da un baile mañana por la noche —murmuraba el joven estudiante—, y mi amada asistirá a la fiesta. Si le llevo una rosa roja, bailará conmigo hasta el amanecer. Si le llevo una rosa roja, la tendré en mis brazos, reclinará su cabeza sobre mi hombro y su mano estrechará la mía. Pero no hay rosas rojas en mi jardín. Por lo tanto, tendré que estar solo y no me hará ningún caso. No se fijará en mí para nada y se destrozará mi corazón.

—He aquí el verdadero enamorado —dijo el ruiseñor—. Sufre todo lo que yo canto: todo lo que es alegría para mí es pena para él. Real-

²⁶ Texto tomado de la página electrónica: <http://www.ciudadseva.com/textos/cuentos/ing/wilde/ruisenor.htm>

mente el amor es algo maravilloso; es más bello que las esmeraldas y más raro que los finos ópalos. Perlas y rubíes no pueden pagarlo porque no se halla expuesto en el mercado. No puede uno comprarlo al vendedor ni ponerlo en una balanza para adquirirlo a peso de oro.

—Los músicos estarán en su estrado —decía el joven estudiante—. Tocarán sus instrumentos de cuerda y mi adorada bailará a los sones del arpa y del violín. Bailará tan vaporosamente que su pie no tocará el suelo, y los cortesanos con sus alegres atavíos la rodearán solícitos, pero conmigo no bailará, porque no tengo rosas rojas que darle.

Y dejándose caer en el césped, se cubría la cara con las manos y lloraba.

—¿Por qué llora? —preguntó la lagartija verde, correteando cerca de él, con la cola levantada.

—Sí, ¿por qué? —decía una mariposa que revoloteaba persiguiendo un rayo de sol.

—Eso digo yo, ¿por qué?
—murmuró una margarita a su vecina, con una vocecilla tenue.

—Llora por una rosa roja.

—¿Por una rosa roja? ¡Qué tontería!



Y la lagartija, que era algo cínica, se echó a reír con todas sus ganas. Pero el ruiseñor, que comprendía el secreto de la pena del estudiante,

permaneció silencioso en la encina, reflexionando sobre el misterio del amor. De pronto desplegó sus alas oscuras y emprendió el vuelo. Pasó por el bosque como una sombra, y como una sombra atravesó el jardín. En el centro del prado se levantaba un hermoso rosal, y al verle, voló hacia él y se posó sobre una ramita.

—Dame una rosa roja —le gritó—, y te cantaré mis canciones más dulces.

Pero el rosal meneó la cabeza.

—Mis rosas son blancas —contestó—, blancas como la espuma del mar, más blancas que la nieve de la montaña. Ve en busca del hermano mío que crece alrededor del viejo reloj de sol y quizá él te dé lo que quieres.

Entonces el ruiseñor voló al rosal que crecía en torno del viejo reloj de sol.

—Dame una rosa roja —le gritó—, y te cantaré mis canciones más dulces.

Pero el rosal meneó la cabeza.

—Mis rosas son amarillas —respondió—, tan amarillas como los cabellos de las sirenas que se sientan sobre un tronco de árbol, más amarillas que el narciso que florece en los prados antes de que llegue el segador con la hoz. Ve en busca de mi hermano, el que crece debajo de la ventana del estudiante, y quizá el te dé lo que quieres.

Entonces el ruiseñor voló al rosal que crecía debajo de la ventana del estudiante.

—Dame una rosa roja —le gritó—, y te cantaré mis canciones más dulces.

Pero el arbusto meneó la cabeza.

—Mis rosas son rojas —respondió—, tan rojas como las patas de las palomas, más rojas que los grandes abanicos de coral que el océano mece en sus abismos, pero el invierno ha helado mis venas, la escarcha ha marchitado mis botones, el huracán ha partido mis ramas, y no tendré más rosas este año.

—No necesito más que una rosa roja —gritó el ruiseñor—, una sola rosa roja. ¿No hay ningún medio para que yo la consiga?

—Hay un medio —respondió el rosal—, pero es tan terrible que no me atrevo a decírtelo.

—Dímelo —contestó el ruiseñor—. No soy miedoso.

—Si necesitas una rosa roja —dijo el rosal—, tienes que hacerla con notas de música al claro de luna y teñirla con sangre de tu propio corazón. Cantarás para mí con el pecho apoyado en mis espinas. Cantarás para mí durante toda la noche y las espinas te atravesarán el corazón: la sangre de tu vida correrá por mis venas y se convertirá en sangre mía.

—La muerte es un buen precio por una rosa roja —replicó el ruiseñor—, y todo el mundo ama la vida. Es grato posarse en el bosque verdeante y mirar al sol en su carro de oro y a la luna en su carro de perlas. Suave es el aroma de los nobles espinos. Dulces son las campanillas que se esconden en el valle y los brezos que cubren la colina. Sin embargo, el amor es mejor que la vida. ¿Y qué es el corazón de un pájaro comparado con el de un hombre?

Entonces desplegó sus alas oscuras y emprendió el vuelo. Pasó por el jardín como una sombra y como una sombra cruzó el bosque. El joven estudiante permanecía tendido sobre el césped allí donde el ruiseñor lo dejó y las lágrimas no se habían secado aún en sus bellos ojos.

—Sé feliz —le gritó el ruiseñor—, sé feliz; tendrás tu rosa roja. La crearé con notas de música al claro de luna y la teñiré con la sangre de mi propio corazón. Lo único que te pido, en cambio, es que seas un verdadero enamorado, porque el amor es más sabio que la filosofía, aunque ésta sea sabia; más fuerte que el poder, por fuerte que éste lo sea. Sus alas son color de fuego y su cuerpo color de llama; sus labios son dulces como la miel y su hálito es como el incienso.

El estudiante levantó los ojos del césped y prestó atención, pero no pudo comprender lo que le decía el ruiseñor, pues sólo sabía las cosas que están escritas en los libros.

Pero la encina lo comprendió y se puso triste, porque amaba mucho al ruiseñor que había construido su nido en sus ramas.

—Cántame la última canción —murmuró—. ¡Me quedaré tan triste cuando te vayas!

Entonces el ruiseñor cantó para la encina, y su voz era como el agua que ríe en una fuente argentina.

Al terminar la canción, el estudiante se levantó, sacando al mismo tiempo su cuaderno de notas y su lápiz.

“El ruiseñor —se decía paseándose por la alameda—, el ruiseñor posee una belleza innegable, ¿pero siente? Me temo que no. Después de todo, es como muchos artistas: puro estilo, exento de sinceridad. No se sacrifica por los demás. No piensa más que en la música y en el arte;

como todo el mundo sabe, es egoísta. Ciertamente, no puede negarse que su garganta tiene notas bellísimas. ¡Que lástima que todo eso no tenga sentido alguno, que no persiga ningún fin práctico!”

Y volviendo a su habitación, se acostó sobre su jergoncillo y se puso a pensar en su adorada. Al poco rato se quedó dormido.

Y cuando la luna brillaba en los cielos, el ruiseñor voló al rosal y colocó su pecho contra las espinas. Y toda la noche cantó con el pecho apoyado sobre las espinas, y la fría luna de cristal se detuvo y estuvo escuchando toda la noche. Cantó durante toda la noche, y las espinas penetraron cada vez más en su pecho, y la sangre de su vida fluía de su pecho.



Al principio cantó el nacimiento del amor en el corazón de un joven y de una muchacha, y sobre la rama más alta del rosal floreció una rosa maravillosa, pétalo tras pétalo, canción tras canción.

Primero era pálida como la bruma que flota sobre el río, pálida como los pies de la mañana y argentada como las alas de la aurora. La rosa que florecía sobre la rama más alta del rosal parecía la sombra de una rosa en un espejo de plata, la sombra de la rosa en un lago. Pero el rosal gritó al ruiseñor que se apretase más contra las espinas.

—Apriétate más, ruiseñorcito —le decía—, o llegará el día antes de que la rosa esté terminada.

Entonces el ruiseñor se apretó más contra las espinas y su canto fluyó más sonoro, porque cantaba el nacimiento de la pasión en el alma de un hombre y de una virgen. Y un delicado rubor apareció sobre los pétalos de la rosa, lo mismo que enrojece la cara de un enamorado que besa los labios de su prometida. Pero las espinas no habían llegado aún al corazón del ruiseñor; por eso el corazón de la rosa seguía blanco: porque sólo la sangre de un ruiseñor puede colorear el corazón de una rosa. Y el rosal gritó al ruiseñor que se apretase más contra las espinas.

—Apriétate más, ruiseñorcito —le decía—, o llegará el día antes de que la rosa esté terminada.

Entonces el ruiseñor se apretó aún más contra las espinas, y las espinas tocaron su corazón y él sintió en su interior un cruel tormento de dolor. Cuanto más acerbo era su dolor, más impetuoso salía su canto, porque cantaba el amor sublimado por la muerte, el amor que no termina en la tumba. Y la rosa maravillosa enrojeció como las rosas de Bengala. Purpúreo era el color de los pétalos y purpúreo como un rubí era su corazón. Pero la voz del ruiseñor desfalleció. Sus breves alas empezaron a batir y una nube se extendió sobre sus ojos. Su canto se fue debilitando cada vez más. Sintió que algo se le ahogaba

en la garganta. Entonces su canto tuvo un último destello. La blanca luna le oyó y olvidándose de la aurora se detuvo en el cielo. La rosa roja le oyó; tembló toda ella de arrobamiento y abrió sus pétalos al aire frío del alba. El eco le condujo hacia su caverna purpúrea de las colinas, despertando de sus sueños a los rebaños dormidos. El canto flotó entre los cañaverales del río, que llevaron su mensaje al mar.

—Mira, mira —gritó el rosal—, ya está terminada la rosa.

Pero el ruiseñor no respondió; yacía muerto sobre las altas hierbas, con el corazón traspasado de espinas. A medio día el estudiante abrió su ventana y miró hacia afuera.

—¡Qué extraña buena suerte! —exclamó—. ¡He aquí una rosa roja! No he visto rosa semejante en toda vida. Es tan bella que estoy seguro de que debe tener en latín un nombre muy enrevesado. E inclinándose, la cogió. Inmediatamente se puso el sombrero y corrió a casa del profesor, llevando en su mano la rosa. La hija del profesor estaba sentada a la puerta. Devanaba seda azul sobre un carrete, con un perrito echado a sus pies.

—Dijiste que bailarías conmigo si te traía una rosa roja —le dijo el estudiante—. He aquí la rosa más roja del mundo. Esta noche la prenderás cerca de tu corazón, y cuando bailemos juntos, ella te dirá cuanto te quiero. Pero la joven frunció las cejas.

—Temo que esta rosa no armonice bien con mi vestido —respondió—. Además, el sobrino del chambelán me ha enviado varias joyas de verdad, y ya se sabe que las joyas cuestan más que las flores.

—¡Oh, qué ingrata eres! —dijo el estudiante lleno de cólera.

Y tiró la rosa al arroyo. Un pesado carro la aplastó.

—¡Ingrato! —dijo la joven—. Te diré que te portas como un grosero; y después de todo, ¿qué eres? Un simple estudiante. ¡Bah! No creo que puedas tener nunca hebillas de plata en los zapatos como las del sobrino del chambelán. Y levantándose de su silla, se metió en su casa.

“¡Qué tontería es el amor! —se decía el estudiante a su regreso—. No es ni la mitad de útil que la lógica, porque no puede probar nada; habla siempre de cosas que no sucederán y hace creer a la gente cosas que no son ciertas. Realmente, no es nada práctico, y como en nuestra época todo estriba en ser práctico, voy a volver a la filosofía y al estudio de la metafísica.” Y dicho esto, el estudiante, una vez en su habitación, abrió un gran libro polvoriento y se puso a leer.

Oscar Wilde



Historia de los dos que soñaron²⁷

► Reflexiona.

Después de leer el título de este cuento, ¿qué esperarías de él?

Cuentan unas crónicas muy antiguas, escritas por hombres sabios y amigos de la verdad, que hubo en El Cairo un hombre muy rico, tan generoso y caritativo que terminó por repartir entre los pobres toda su fortuna, quedándose solamente con la casa de sus padres.

Una tarde regresó tan cansado del trabajo que se durmió debajo de una higuera de su jardín, y en sueños vio a un desconocido que le dijo:

—Tu fortuna está en Persia, en Isfajjan, vete a buscarla.

A la mañana siguiente el hombre despertó en la madrugada y emprendió un largo viaje hasta Isfajjan. Atravesó desiertos, cruzó ríos caudalosos, peleó con fieras que lo atacaron. Al fin llegó a Isfajjan, pero tan cansado estaba que no pudo entrar a la ciudad y se acostó a dormir en el patio de un templo a Mahoma, que allá se llaman mezquitas. Junto a esa mezquita había una casa grande y lujosa, y tocó la casualidad que esa misma noche, mientras el hombre de El Cairo dormía profundamente, una pandilla de ladrones atravesó el patio de la mezquita y se metió en la casa para robarla.



► Reflexiona.

¿Qué crees que le ocurrirá al hombre que dormía después del asalto?

²⁷ Anónimo.

Despertaron los dueños y pidieron socorro a gritos; despertaron los vecinos y también gritaron, mientras que los ladrones huían por las azoteas. Cuando el jefe de los vigilantes llegó, hizo registrar la mezquita y en ella dieron con el hombre de El Cairo y lo llevaron a la cárcel. El juez lo hizo comparecer y le dijo:

—¿Quién eres y cuál es tu patria?

El hombre declaró:

—Soy de la ciudad famosa de El Cairo y mi nombre es Yacub El Magrebí.

El juez le preguntó:

—¿Qué te trajo a Persia?

El hombre dijo la verdad:

—Un hombre me ordenó en un sueño que viniera a Isfajan, porque aquí estaba mi fortuna. Ya estoy en Isfajan y veo que la fortuna que me prometió ha de estar en la cárcel.

El juez se echó a reír.

—Hombre desatinado —le dijo—, tres veces he soñado con una casa en la ciudad de El Cairo, en cuyo fondo hay un jardín y en el jardín, un reloj de sol y después del reloj de sol, una higuera, y bajo la higuera un tesoro. No he dado el menor crédito a esa mentira. Tú, sin embargo, has venido caminando hasta aquí bajo la sola fe de tu sueño. Que no vuelva a verte en Isfajan. Toma estas monedas y vete.

El hombre las tomó y regresó a su patria. Debajo de la higuera de su casa (que era la del sueño del juez) desenterró el tesoro. Así Dios lo bendijo y lo premió.

La niña de los fósforos²⁸

¡Qué frío tan atroz! Caía la nieve, y la noche se venía encima. Era el día de Nochebuena. En medio del frío y de la oscuridad, una pobre niña pasó por la calle con la cabeza y los pies desnuditos. Tenía, en verdad, zapatos cuando salió de su casa, pero no le habían servido mucho tiempo. Eran unas zapatillas enormes que su madre ya había usado: tan grandes, que la niña las perdió al apresurarse a atravesar la calle para que no la pisasen los carruajes que iban en direcciones opuestas.

La niña caminaba y sus piecitos desnudos estaban rojos y azules del frío; llevaba en el delantal, que era muy viejo, algunas docenas de cajas de fósforos y tenía en la mano una de ellas como muestra. Era muy mal día: ningún comprador se había presentado y, por consiguiente, la niña no había ganado ni un céntimo. Tenía mucha hambre, mucho frío y muy mísero aspecto. ¡Pobre niña! Los copos de nieve se posaban en sus largos cabellos rubios, que le caían en preciosos bucles sobre el cuello; pero no pensaba en sus cabellos. Veía bullir las luces a través de las ventanas; el olor de los asados se percibía por todas partes. Era el día de Nochebuena, y en esta festividad pensaba la infeliz niña.

Se sentó en una plazoleta, y se acurrucó en un rincón entre dos casas. El frío se apoderaba de ella y entumecía sus miembros; pero no se atrevía a presentarse en su casa; volvía con todos los fósforos y sin una sola moneda. Su madrastra la maltrataría y, además, en su casa hacía también mucho frío. Vivían bajo el tejado y el viento soplaba allí con furia, aunque las mayores aberturas habían sido tapadas con paja y trapos viejos. Sus manecitas estaban casi yertas de frío. ¡Ah! ¡Cuánto placer le causaría calentarse con una cerillita! ¡Si se atreviera a sacar una sola de la caja, a frotarla en la pared y a calentarse los dedos! Sacó una. ¡Rich! ¡Cómo alumbraba y cómo ardía! Despedía

²⁸ Hans Christian Andersen, "La niña de los fósforos", en <http://www.galeon.com/mundomatero/fosforos>.

una llama clara y caliente como la de una velita cuando la rodeó con su mano. ¡Qué luz tan hermosa! Creía la niña que estaba sentada en una gran chimenea de hierro, adornada con bolas y cubierta con una capa de latón reluciente. ¡Ardía el fuego allí de un modo tan hermoso!

¡Calentaba tan bien!

Pero todo acaba en el mundo. La niña extendió sus piecillos para calentarlos también; mas la llama se apagó: ya no le quedaba a la niña en la mano más que un pedacito de cerilla. Frotó otra, que ardió y brilló como la primera, y allí donde la luz cayó sobre la pared, se hizo tan transparente como una gasa. La niña creyó ver una habitación en que la mesa estaba cubierta por un blanco mantel resplandeciente con finas porcelanas, y sobre el cual un pavo asado y relleno de trufas exhalaba un perfume delicioso. ¡Oh sorpresa! ¡Oh felicidad! De pronto tuvo la ilusión de que el ave saltaba de su plato sobre el pavimento con el tenedor y el cuchillo clavados en la pechuga, y rodaba hasta llegar a sus piecitos. Pero la segunda cerilla se apagó, y no vio ante sí más que la pared impenetrable y fría.

Encendió un nuevo fósforo. Creyó entonces verse sentada cerca de un magnífico nacimiento: era más rico y mayor que todos los que había visto en aquellos días en el escaparate de los más ricos comercios. Mil luces ardían en los arbolillos; los pastores y zagalas parecían moverse y sonreír a la niña. Ésta, embelesada, levantó entonces las dos manos, y el fósforo se apagó. Todas las luces del nacimiento se elevaron, y comprendió entonces que no eran más que estrellas. Una de ellas pasó trazando una línea de fuego en el cielo.

—Esto quiere decir que alguien ha muerto
—pensó la niña; porque su abuelita, que era la única que había sido buena para ella, pero que ya no existía, le había dicho muchas veces: “Cuando cae una estrella, es que un alma sube hasta el trono de Dios”.



Todavía frotó la niña otro fósforo en la pared, y creyó ver una gran luz, en medio de la cual estaba su abuela en pie y con un aspecto sublime y radiante.

—¡Abuelita! —gritó la niña—. ¡Llévame contigo! ¡Cuando se apague el fósforo, sé muy bien que ya no te veré más! ¡Desaparecerás como la chimenea de hierro, como el ave asada y como el hermoso nacimiento!

Después se atrevió a frotar el resto de la caja, porque quería conservar la ilusión de que veía a su abuelita, y los fósforos esparcieron una claridad vivísima. Nunca la abuela le había parecido tan grande ni tan hermosa. Cogió a la niña bajo el brazo, y las dos se elevaron en medio de la luz hasta un sitio tan elevado, que allí no hacía frío ni se sentía hambre ni tristeza: hasta el trono de Dios.

Cuando llegó el nuevo día seguía sentada la niña entre las dos casas, con las mejillas rojas y la sonrisa en los labios. ¡Muerta, muerta de frío en la Nochebuena! El sol iluminó a aquel tierno ser sentado allí con las cajas de cerillas, de las cuales una había ardido por completo.

—¡Ha querido calentarse la pobrecita! —dijo alguien.

Pero nadie pudo saber las hermosas cosas que había visto, ni en medio de qué resplandor había entrado con su anciana abuela en el reino de los cielos.



La migala²⁹

► Reflexiona.
¿Qué esperas que sea la migala?

La migala discurre libremente por la casa, pero mi capacidad de horror no disminuye.

El día en que Beatriz y yo entramos en aquella barraca inmunda de la feria callejera, me di cuenta de que la repulsiva alimaña era lo más atroz que podía depararme el destino. Pero que el desprecio y la conmiseración brillaran de pronto en una clara mirada.

Unos días más tarde volví para comprar la migala, y el sorprendido saltimbanqui me dio algunos informes acerca de sus costumbres y su alimentación extraña. Entonces comprendí que tenía en las manos, de una vez por todas, la amenaza total, la máxima dosis de terror que mi espíritu podía soportar.

► Reflexiona.
¿Por qué imaginas que el personaje compró un animal que le causaba tanto horror?

Recuerdo mi paso tembloroso, vacilante, cuando de regreso a casa sentía el peso leve y denso de la araña, ese peso del cual podía descontar, con seguridad, el de la caja de madera en que la llevaba, como si fueran dos pesos totalmente diferentes: el de la madera inocente y el del impuro y ponzoñoso animal que tiraba de mí como un lastre definitivo. Dentro de



²⁹ Juan José Arreola, *Confabulario*, México, Joaquín Mortiz, 1975, pp. 27-29.

aquella caja iba el infierno impersonal que instalaría en mi casa para destruir, para anular al otro, el descomunal infierno de los hombres.

La noche memorable en que solté a la migala en el departamento y la vi correr como un cangrejo y ocultarse bajo un mueble, ha sido el principio de una vida indescriptible. Desde entonces, cada uno de los instantes de que dispongo ha sido recorrido por los pasos de la araña, que llena la casa con su presencia invisible.



Reflexiona.

¿En qué imaginas que terminará el cuento?

Todas las noches tiemblo en espera de la picadura mortal. Muchas veces despierto con el cuerpo helado, tenso, inmóvil, porque el sueño ha creado para mí, con precisión, el paso cosquilleante sobre mi piel, su peso indefinible, su consistencia de entraña. Sin embargo, siempre amanece. Estoy vivo y mi alma inútilmente se apresta y se perfecciona.

Hay días en que pienso en que la migala ha desaparecido, que se ha extraviado o que ha muerto, pero no hago nada para comprobarlo. Dejo siempre que el azar me vuelva a poner frente a ella, al salir del baño, o mientras me desvisto para echarme a la cama. A veces el silencio de la noche me atrae el eco de sus pasos, que he aprendido a oír, aunque sé que son imperceptibles.



Reflexiona.

¿Qué opinas del personaje del cuento?

¿Te gustaría vivir una experiencia similar?, ¿por qué?

Muchos días encuentro intacto el alimento que he dejado la víspera. Cuando desaparece, no sé si lo ha devorado la migala o algún otro inocente huésped de la casa. He llegado a pensar también que acaso

estoy siendo víctima de una superchería y que me hallo a merced de una falsa migala. Tal vez el saltimbanqui me ha engañado, haciéndome pagar un alto precio por un inofensivo y repugnante escarabajo.



Pero en realidad eso no tiene importancia, porque yo he consagrado a la migala con la certeza de mi muerte aplazada. En horas más agudas del insomnio, cuando me pierdo en conjeturas y nada me tranquiliza, suele visitarme la migala. Se pasea embrolladamente por el cuarto y trata de subir con torpeza a las paredes. Se detiene, levanta su cabeza y mueve los palpos. Parece husmear, agitada, un invisible compañero.

Entonces, estremecido en mi soledad, acorralado por el pequeño monstruo, recuerdo que en otro tiempo yo soñaba en Beatriz y en su compañía imposible.

Los tres regalos del hada³⁰

Había en cierta ocasión un campesino muy pobre y muy bueno, que pasaba mil trabajos para mantener a su mujer y a sus siete hijos.

Un día encontró en el camino a una viejecilla pidiendo limosna. Se registró el bolsillo y le dio la única moneda que le quedaba. La vieja sacó entonces de su alforja una alubia blanca y le dijo al campesino, entregándosela:

—Plántala en la ceniza de la cocina.

A los pocos días, de la alubia brotó un vástago que se convirtió en árbol, el cual creció chimenea arriba, hasta llegar al cielo.

Cuando llegó el invierno, el campesino estaba sin trabajo y no tenía nada que darles de comer a sus hijos. Pensó entonces en probar fortuna, subiendo a lo alto del árbol. Éste llegaba a una nube, sobre la cual estaba la viejecita, que era un hada buena. Al ver al hombre, le dijo:

—Toma este mantel: él te dará cuanto desees.

Sin perder momento, el campesino descendió a su casa, extendió el mantel sobre la mesa e inmediatamente apareció una comida apetitosa, sobre la cual se lanzaron todos con la avidez propia de quien tiene hambre atrasada...

Desde aquel día no faltó nada en casa del campesino; pero una tarde se le ocurrió ir a la taberna para beber un vaso de vino y le contó al tabernero la historia del mantel.



³⁰ Anónimo.

¡Qué imprudencia! El astuto tabernero se dio maña para robárselo durante la noche, sustituyéndolo por otro cualquiera. El campesino, entristecido, subió por el árbol en busca del hada. Ésta le dijo:

—Toma esta talega. Ella te dará cuantas monedas de oro necesites para vivir cómodamente el resto de tu vida.

Desde aquel día la talega proveyó a todas las necesidades. Al cabo de algún tiempo, el campesino volvió a la taberna. Tan buena maña se dio el tabernero que logró sonsacarle el secreto de la talega, y se la robó durante la noche, sustituyéndola por otra.

El campesino, desesperado, fue en busca de su hada buena. Llorando e implorando su perdón, le pidió ayuda. Ella dijo:

—Toma este bastón, el cual pegará a quien mandes durante todo el tiempo que quieras. Es mi último regalo. ¡Adiós!

El campesino corrió a la taberna y dijo al tabernero:

—¡Devuélveme el mantel y la talega!

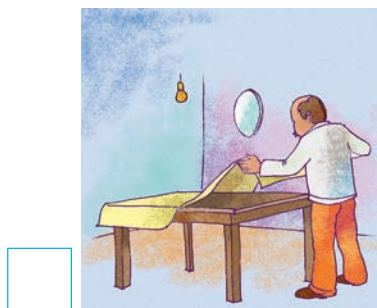
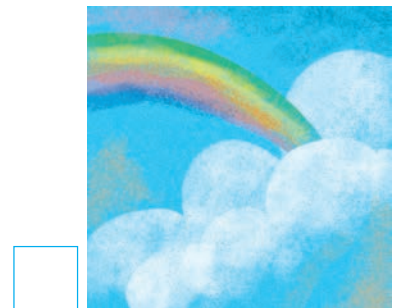
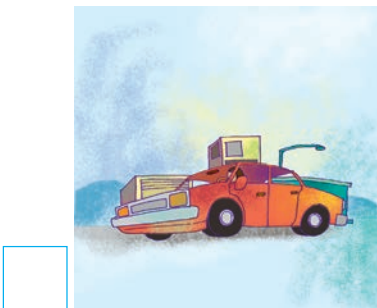
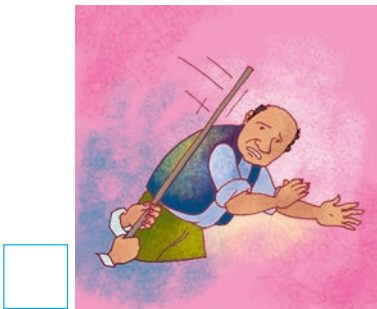
—¡Yo no tengo nada tuyo! —le contestó desvergonzadamente.

—¡Bastón, a él! —ordenó entonces el campesino. Y el bastón empezó a descargar palos sobre las espaldas del tabernero. Tantos golpes le dio que fue corriendo a buscar el mantel y la talega, devolvió ambas cosas al campesino y le rogó que detuviese al terrible bastón. El campesino tomó alegremente sus maravillosos talismanes y mandó pararse al bastón. Después —jurando para sus adentros no volver nunca a la taberna— regresó a casa.

El árbol había desaparecido de la chimenea. Y entre las cenizas grises asomaba la alubia blanca, pequeñita, pequeñita...

► Reflexiona.

Si tuvieras que ponerle imágenes al cuento, ¿cuáles de las siguientes se ape-
garían a él y en qué orden? Enuméralas.



- De aquí en adelante, continúa planteándote preguntas. Piensa que lees con alguien, con un familiar, con un amigo, con un compañero de trabajo. Comenta y reflexiona.

Alta cocina³¹

Cuando oigo la lluvia golpear en las ventanas, vuelvo a escuchar sus gritos. Aquellos gritos que se me pegaban a la piel como si fueran ventosas. Subían de tono a medida que la olla se calentaba y el agua empezaba a hervir. También veo sus ojos, unas pequeñas cuentas negras que se les salían de las órbitas cuando se estaban cociendo.

Nacían en tiempo de lluvia en las huertas. Escondidos entre las hojas, adheridos a los tallos, o entre la hierba húmeda. De allí los arrancaban para venderlos, y los vendían bien caros. A tres por cinco centavos regularmente y, cuando había muchos, a quince centavos la docena.

En mi casa se compraban dos pesos cada semana, por ser el platillo obligado de los domingos y, con más frecuencia, si había invitados. Con este guiso mi familia agasajaba a las visitas distinguidas o a las muy apreciadas. “No se pueden comer mejor preparados en ningún otro sitio”, solía decir mi madre, llena de orgullo, cuando elogiaban el platillo.

Recuerdo la sombría cocina y la olla donde los cocinaban, preparada y curtida por un viejo cocinero francés, la cuchara de madera muy



³¹ Amparo Dávila. *Tiempo destrozado*. Colección Letras Mexicanas, Fondo de Cultura Económica. México, 1959. Tomado de la obra *Antología de cuentos mexicanos*, María del Carmen Millán, Grupo Patria Cultural S.A. de C.V., 1977.

oscurecida por el uso y a la cocinera, gorda, despiadada, implacable ante el dolor. Aquellos gritos desgarradores no la conmovían, seguía atizando el fogón, soplando las brasas como si nada pasara. Desde mi cuarto del desván los oía chillar. Siempre llovía. Sus gritos llegan mezclados con el ruido de la lluvia. No morían pronto. Su agonía prolongaba interminablemente. Yo pasaba todo ese tiempo encerrado en mi cuarto con la almohada sobre la cabeza, pero, aún así, los oía. Cuando despertaba, a medianoche, volvía a escucharlos. Nunca supe si aún estaban vivos, o si sus gritos se habían quedado dentro de mí, en mi cabeza, en mis oídos, fuera y dentro, martillando, desgarrando todo mi ser.

A veces veía cientos de pequeños ojos pegados al cristal goteante de las ventanaswillar... Chillaban a veces como niños recién nacidos, como ratones aplastados, como murciélagos, como gatos estrangulados, como mujeres histéricas...

Aquella vez, la última que estuve en mi casa, el banquete fue largo y paladeado.



Los buques suicidantes³²

Resulta que hay pocas cosas más terribles que encontrar en el mar un buque abandonado. Si de día el peligro es menor, de noche el buque no se ve ni hay advertencia posible: el choque se lleva a uno y otro.

Estos buques abandonados por *a* o por *b* navegan obstinadamente a favor de las corrientes o del viento si tienen las velas desplegadas. Recorren así los mares, cambiando caprichosamente de rumbo.

No pocos de los vapores que un buen día no llegaron a puerto tropezaron en su camino con uno de estos buques silenciosos que viajan por su cuenta. Siempre hay probabilidad de hallarlos a cada minuto. Por ventura, las corrientes suelen enredarlos en los mares de sargazo. Los buques se detienen, por fin, aquí o allá, inmóviles para siempre en ese desierto de aguas. Así hasta que poco a poco se van deshaciendo, pero otros llegan cada día, ocupan su lugar en silencio, de modo que el tranquilo y lúgubre puesto siempre está frecuentado.

El principal motivo de estos abandonos de buque son sin duda las tempestades y los incendios, que dejan a la deriva negros esqueletos errantes. Pero hay otras causas singulares, entre las que se puede incluir lo acaecido al *María Margarita*, que zarpó de Nueva York el 24 de agosto de 1903 y que el 26 de mañana se puso al habla con una corbeta, sin acusar novedad alguna. Cuatro horas más tarde, un paquete, no teniendo respuesta, desprendió una chalupa que abordó al *María Margarita*. En el buque no había nadie. Las camisetas de los marineros se secaban a proa, la cocina estaba prendida aún. Una máquina de coser tenía la aguja suspendida sobre la costura, como si hubiera sido dejada un momento antes. No había la menor señal de lucha ni de pánico, todo en perfecto orden. Y faltaban todos. ¿Qué pasó?

La noche que aprendí esto estábamos reunidos en el puente. Íbamos a Europa, y el capitán nos contaba su historia marina, perfectamente cierta, por otro lado.

La concurrencia femenina, ganada por la sugestión del oleaje susurrante, oía estremecida. Las chicas nerviosas prestaban sin querer inquieto oído a la ronca voz de los marineros en proa. Una señora muy joven y recién casada se atrevió:

—¿No serán águilas?...

El capitán sonrió bondadosamente:

—¿Qué, señora? ¿Águilas que se llevan a la tripulación?



Todos se rieron y la joven hizo lo mismo, un poco avergonzada. Felizmente, un pasajero sabía algo de eso. Lo miramos curiosamente. Durante el viaje había sido un excelente compañero, admirando por su cuenta y riesgo y hablando poco.

—¡Ah! ¡Si nos contara, señor! —suplicó la joven de las águilas.

—No tengo inconveniente —asintió el discreto individuo—. En dos palabras: En los mares del Norte, como el *María Magdalena* del capitán, encontramos una vez un barco a vela. Nuestro rumbo —viajábamos también con velas— nos llevó casi a su lado. El singular aspecto de abandono, que no engaña en un buque, llamó nuestra atención y disminuimos la marcha observándolo. Al fin desprendimos una chalupa; a bordo no se halló a nadie, y todo estaba también en perfecto orden. Pero la última anotación del diario databa de cuatro días atrás, de modo que no sentimos mayor impresión. Aun nos reímos un poco de las famosas desapariciones súbitas.

Ocho de nuestros hombres quedaron a bordo para el gobierno del nuevo buque. Viajaríamos de conserva. Al anochecer nos tomó un poco de camino. Al día siguiente lo alcanzamos, pero no vimos a nadie sobre el puente. Desprendióse de nuevo la chalupa, y los que fueron recorrieron en vano el buque: todos habían desaparecido.

Ni un objeto fuera de lugar. El mar estaba absolutamente terso en toda su extensión. En la cocina hervía aún una olla con papas.

Como ustedes comprenderán el terror supersticioso de nuestra gente llegó a su colmo. A la larga, seis se animaron a llenar el vacío, y yo fui con ellos. Apenas a bordo, mis nuevos compañeros se decidieron a beber para desterrar toda preocupación. Estaban sentados en rueda, y a la hora la mayoría cantaba ya.

Llegó mediodía y pasó la siesta. A las cuatro la brisa cesó y las velas cayeron. Un marinero se acercó a la borda y miró el mar aceitoso. Todos se habían levantado, paseándose, sin ganas ya de hablar. Uno se sentó en un cabo arrollado y se sacó la camiseta para remendarla.



Cosió un rato en silencio. De pronto se levantó y lanzó un largo silbido. Sus compañeros se volvieron. Él los miró vagamente, sorprendido también, y se sentó de nuevo. Un momento después dejó la camiseta en ello, avanzó a la borda y se tiró al agua. Al sentir el ruido los otros dieron vuelta la cabeza, con el ceño ligeramente fruncido. Enseguida se olvidaron, volviendo a la apatía común.

Al rato otro se desperezó, restregase los ojos caminando, y se tiró al agua. Pasó media hora; el sol iba cayendo. Sentí de pronto que me tocaban el hombro.

—¿Qué hora es?

—Las cinco —respondí. El viejo marinero que me había hecho la pregunta me miró desconfiado, con las manos en los bolsillos, recostándose enfrente de mí.

Miró largo rato mi pantalón. Distraído. Al fin se tiró al agua.

Los tres que quedaron se acercaron rápidamente y observaron el remolino. Se sentaron en la borda silbando despacio con la vista perdida a lo lejos. Uno se bajó y se tendió en el puente, cansado. Los otros desaparecieron uno tras otro. A las seis, el último (se levantó, se compuso la ropa), apartóse el pelo de la frente, caminó con sueño aún, y se tiró al agua.

Entonces quedé solo, mirando como un idiota el mar desierto. Todos, sin saber lo que hacían, se habían arrojado al mar, envueltos en el sonambulismo morboso que flotaba en el buque. Cuando uno se tiraba al agua los otros se volvían, momentáneamente preocupados, como si recordaran algo, para olvidarse enseguida. Así habían desaparecido todos, y supongo que lo mismo los del día anterior, y los otros y los de los demás buques. Eso es todo.

Nos quedamos mirando al raro hombre con explicable curiosidad.

—¿Y usted no sintió nada? —le preguntó mi vecino de camarote.

—Sí; un gran desgano y obstinación de las mismas ideas, pero nada más. No sé por qué no sentí nada más. Presumo que el motivo es éste: en vez de agotarme en una defensa angustiosa y a toda costa contra lo que sentía, como deben de haber hecho todos, y aun los marineros sin darse cuenta, acepté sencillamente esa muerte hipnótica, como si estuviese anulado ya. Algo muy semejante ha pasado sin duda a los centinelas de aquella guardia célebre que noche a noche se ahorcaban.

Como el comentario era bastante complicado, nadie respondió. Poco después el narrador se retiraba a su camarote. El capitán lo siguió un rato de reojo.

—¡Farsante! —murmuró.

—Al contrario —dijo un pasajero enfermo, que iba a morir a su tierra—. Si fuera farsante no habría dejado de pensar en eso y se hubiera tirado también.

A la deriva³³

El hombre pisó algo blanduzco, y enseguida sintió la mordedura en el pie. Saltó adelante, y al volverse, con un juramento, vio a una yaracusú que, arrollada sobre sí misma, esperaba otro ataque.

El hombre echó una veloz ojeada a su pie, donde dos gotitas de sangre engrosaban dificultosamente, y sacó el machete de la cintura. La víbora vio la amenaza y hundió más la cabeza en el centro mismo de su espiral, pero el machete cayó de plano, dislocándole las vértebras.

El hombre se bajó hasta la mordedura, quitó las gotitas de sangre y durante un instante contempló. Un dolor agudo nacía en los dos puntitos violetas y comenzaba a invadir todo el pie. Apresuradamente se ligó el tobillo con su pañuelo y siguió por la picada hacia su rancho. El dolor en el pie aumentaba, con sensación de tirante aburrimiento, y de pronto el hombre sintió dos o tres fulgurantes puntadas que, como relámpagos, habían irradiado desde la herida hasta la mitad de la pantorrilla. Movía la pierna con dificultad; una metálica sequedad de garganta, seguida de sed quemante, le arrancó un nuevo juramento.

Llegó por fin al rancho y se echó de brazos sobre la rueda de un trapiche. Los dos puntitos violetas desaparecían ahora en una monstruosa hinchazón del pie entero. La piel parecía adelgazada y a un punto de ceder, de tensa. Quiso llamar a su mujer, y la voz se quebró en un ronco arrastre de garganta reseca. La sed lo devoraba. —¡Dorotea! —alcanzó a lanzar en un estertor—. ¡Dame caña!

³³ Horacio Quiroga, *Cuentos de amor, locura y muerte*, Chile, Andrés Bello, 1995, pp. 60-63.

Su mujer corrió con un vaso lleno, que el hombre sorbió en tres tragos. Pero no había sentido gusto alguno.

—¡Te pedí caña, no agua! —rugió de nuevo—. ¡Dame caña!

—¡Pero es caña Paulino! —protestó la mujer, espantada.

—¡No, me diste agua! ¡Quiero caña, te digo!

La mujer corrió otra vez, volviendo con la damajuana. El hombre tragó uno tras otro dos vasos, pero no sintió nada en la garganta.

—Bueno; esto se pone feo —murmuró entonces, mirando su pie, lívido y ya con lustre gangrenoso. Sobre la onda ligadura del pañuelo la carne desbordaba como una monstruosa morcilla.

Los dolores fulgurantes se sucedían en continuos relampagueos, y llegaban ahora hasta la ingle. La atroz sequedad de garganta, que el aliento parecía caldear más, aumentaba a la par. Cuando pretendió incorporarse un fulminante vómito lo mantuvo medio minuto con la frente apoyada en la rueda de palo.

Pero el hombre no quería morir, y descendiendo hasta la costa subió a su canoa. Se sentó en la popa y comenzó a palear hasta el centro del Paraná. Allí la corriente del río, que en las inmediaciones del Iguazú corre seis millas, lo llevaría antes de cinco horas a Tacurú-Pacú.

El hombre con sombría energía, pudo efectivamente llegar hasta el medio del río; pero allí sus manos dormidas dejaron caer la pala en la canoa, y tras un nuevo vómito —de sangre esta vez— dirigió una mirada al sol, que ya trasponía el monte.

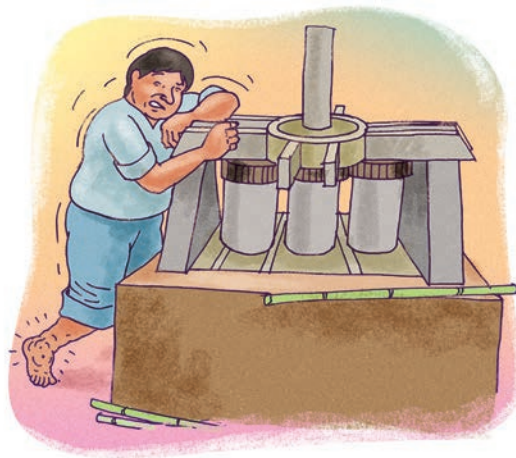


La pierna entera hasta medio muslo, era un bloque deforme y durísimo que reventaba la ropa. El hombre cortó la ligadura y abrió el pantalón con su cuchillo: el bajo vientre desbordó hinchado, con grandes manchas lívidas y terriblemente doloroso. El hombre pensó que no podría jamás llegar él solo a Tacurú Pacú y se decidió a pedir ayuda a su compadre Alves, aunque hacía mucho tiempo que estaban disgustados.

La corriente del río se precipitaba ahora hacia la costa brasileña, y el hombre pudo fácilmente atracar. Se arrastró por la picada en cuesta arriba, pero a los veinte metros, exhausto, quedó tendido de pecho.

—¡Alves! —gritó con cuanta fuerza pudo, y prestó oído en vano.

—¡Compadre Alves! ¡No me niegue este favor! —clamó de nuevo, alzando la cabeza del suelo.



En el silencio de la selva no se oyó un solo rumor. El hombre tuvo aún valor para llegar hasta su canoa, y la corriente, cogiéndola de nuevo, la llevó velozmente a la deriva.

El Paraná corre allí en el fondo de una inmensa hoya, cuyas paredes, altas de cien metros, encajonan fúnebremente el río. Desde las orillas, bordeadas de negros bloques de basalto, asciende el bosque,

negro también. Adelante, a los costados, detrás, la eterna muralla lúgubre, en cuyo fondo el río arremolinado se precipita en incesantes borbollones de agua fangosa. El paisaje es agresivo y reina en él un silencio de muerte. Al atardecer, sin embargo, su belleza sombría y calma cobran una majestad única.

El sol había caído ya, cuando el hombre, semitendido, en el fondo de la canoa, tuvo un violento escalofrío. Y de pronto, con asombro, enderezó pesadamente la cabeza: se sentía mejor. La pierna le dolía apenas, la sed disminuía, y su pecho, libre ya, se abría en lenta inspiración.

El veneno comenzaba a irse, no había duda. Se hallaba casi bien, y aunque no tenía fuerzas para mover la mano, contaba con la caricia del rocío para reponerse del todo. Calculó que antes de tres horas estaría en Tacurú Pacú.

El bienestar avanzaba, y con él una somnolencia llena de recuerdos. No sentía ya nada ni en la pierna ni en el vientre. ¿Vivirá aún su compadre Gaona en Tacurú Pacú? Acaso viera también a su ex patrón, míster Dougald, y al recibidor del obraje.

¿Llegaría pronto? El cielo, al Poniente, se abría ahora en pantalla de oro, y el río se había coloreado también. Desde la costa paraguaya, ya entenebrecida, el monte dejaba caer sobre el río su frescura crepuscular en penetrantes efluvios de azahar y miel silvestre. Una pareja de guacamayos cruzó muy alto y en silencio hacia el Paraguay.

Allá abajo, sobre el río de oro, la canoa derivaba velozmente, girando a ratos sobre sí misma, ante el borbollón de un remolino. El hombre que iba en ella se sentía cada vez mejor, y pensaba entre tanto en el tiempo justo que había pasado sin ver a su ex patrón Dougald. ¿Tres años? Tal vez no, no tanto. ¿Dos años y nueve meses? Acaso. ¿Ocho meses y medio? Eso sí, seguramente.

De pronto sintió que estaba helado hasta el pecho. ¿Qué sería? Y la respiración también...

Al recibidor de maderas de míster Dougald, Lorenzo Cubilla, lo había conocido en Puerto Esperanza un Viernes Santo... ¿Viernes? Sí, o jueves...

El hombre estiró lentamente los dedos de la mano.

—Un jueves...

Y cesó de respirar.



En una casa de empeños³⁴

Enrique Granier era un francés de gran corazón y, sin embargo, se había establecido en México, abriendo una casa de empeños.

No quiere decir eso que yo juzgue hombres de malos sentimientos a los que tienen casas de empeños; pero hay, sin embargo, necesidad de tener un carácter especial para fundar la propia ganancia en la desgracia ajena; porque es seguro que solamente van a buscar el remedio en el empeño los perseguidores de la suerte, y allí se apuran hasta los últimos recursos, y allí, tras lo superfluo, va lo necesario: después de la joya, llegan hasta el colchón y las prendas más indispensables.

Se encuentra allí, es cierto, la salvación del momento, pero se prepara la angustia de lo porvenir.

³⁴ Vicente Riva Palacios, *Cuentos y relatos mexicanos*, Promotora de Ediciones y Publicaciones, México. Primera edición 1974.

A pesar de eso, siempre el que sale de aquella casa muestra en el rostro algo de satisfacción; y es natural, pues si a dejar fue la prenda, sale con el dinero que remedia una necesidad o salva de un compromiso; si a recuperarla fue, sale contento con ella, porque vuelve a reconquistarla después de haberla creído perdida, y es un augurio de mejores tiempos. Pero a pesar de todo, es triste contemplar aquella multitud de objetos, cada uno de los cuales es el símbolo de una angustia, de un sacrificio, de un dolor, y cada persona de las que vienen sueña que lleva un objeto de gran valía, que simboliza para él la esperanza de salvación y se encuentra con el frío razonamiento del comerciante, que no ve en aquello el último recurso de una familia sin pan, sino una prenda que definitivamente puede venderse para cubrir la suerte principal y el interés del préstamo.

Y yo le hacía todas estas reflexiones a Granier, y él me contestaba:
—Mire usted, en el fondo tiene usted mucha razón; pero en la lucha por la existencia los sentimientos románticos entran por muy poco en el cálculo. Además, el hombre se acostumbra a todo; se procura tratar a los clientes con la mayor benevolencia, y siempre viene con la reflexión este razonamiento: tienen que existir estas casas de empeños; y de no tenerlas yo, las tendría otro, que quizá fuera más rudo y sacrificara a los pobres.

—Tiene usted razón también; pero ahí detrás de ese mostrador, habrá usted comprendido todas las miserias de la humanidad, habrá usted presenciado escenas conmovedoras.

—Si, cosas terribles; oiga usted una historia muy sencilla, pero que a mí me conmovió profundamente.

—Cuéntemela usted.

Era una tarde del mes de diciembre; el tiempo estaba muy frío; oscurecía, y ningún parroquiano asomaba por la puerta de la casa. Iba yo a cerrar para arreglar mis cuentas, cuando entró una niña pequeña, como de seis años, vestida muy pobremente, y se acercaba

como vacilando y con timidez al mostrador. Me causó compasión instintivamente, y como no alcanzaba para hablarme, me incliné sobre la mesa para verle la cara.

—¿Qué quieres? —le pregunté.

—Nada.

—¿Cómo nada? Pues entonces, ¿a qué vienes?

— Porque mi papá y mi mamá están enfermos en la cama, y no han comido en todo el día porque no tenemos, y yo vengo a empeñar.

—¿Vienes a empeñar? ¿Qué traes para empeñar?

Y ella entonces sacó de debajo de un viejo y destrozado rebocillo con que se cubría un objeto pequeño, que me presentó con una especie de orgullo, al mismo tiempo que de dolor, y como quien sacrifica una riquísima alhaja, diciéndome:

—Pues vengo a empeñar mi rorro.

Era un rorro viejo y maltratado, que seguramente no valía dos céntimos.

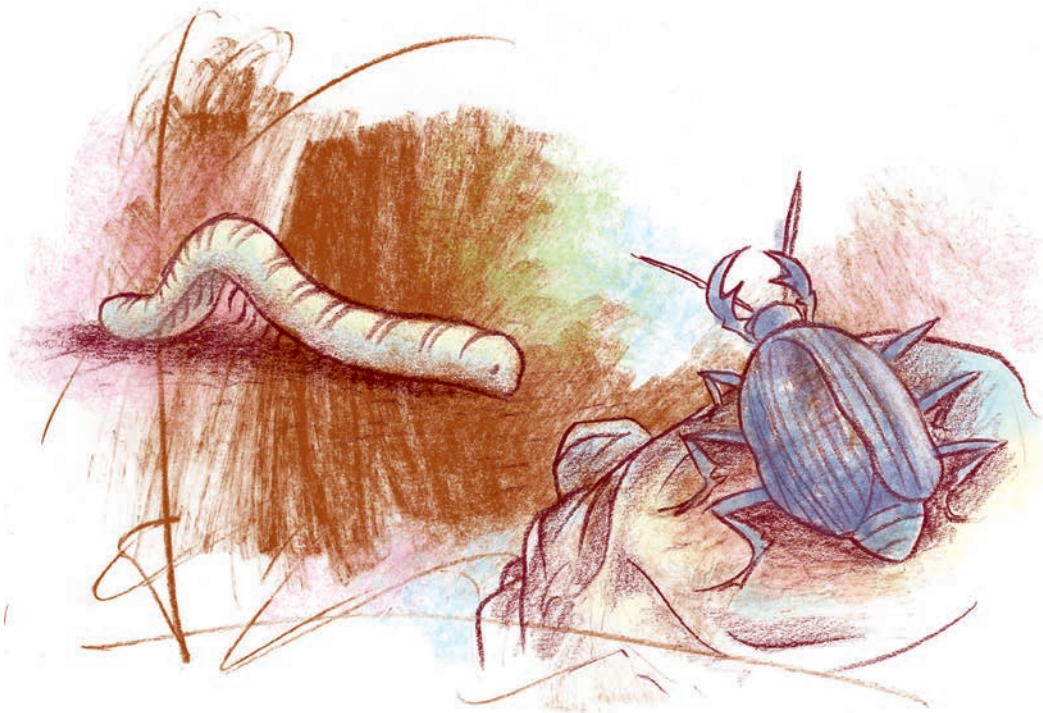
Comprendí todo lo que pasaba en el corazón de aquella niña; el valor tan grande que daba a su muñeca; el doloroso sacrificio que hacía por sus padres al empeñarlo, y la esperanza tan lisonjera de obtener por él una gran suma.

—Y qué hizo usted? — le pregunté a Granier.

—Pues sentí un nudo en la garganta y, sin poder hablar, le di a la niña cinco duros y le devolví su rorro, y me quedé llorando como un tonto sobre el mostrador.

Parábolas

La literatura es un reflejo de la vida real o imaginaria, como muestra están las parábolas. Este tipo de textos cuenta historias de acontecimientos ficticios, a fin de ofrecer una verdad inapetable. En cierta manera, las parábolas son como los tesoros que se encuentran donde uno menos los espera. En realidad, la parábola, para poder existir, lleva a cabo una comparación con los acontecimientos de la vida cotidiana. Por ejemplo, el espíritu humano puede compararse con la tierra. La tierra germina semillas, el espíritu, en cambio, puede germinar virtudes.



Deja secar la ira³⁵

Mariana se puso toda feliz por haber ganado de regalo un juego de té de color azul. Al día siguiente, Julia, su amiguita, vino bien temprano a invitarla a jugar. Mariana no podía pues saldría con su madre aquella mañana. Julia entonces pidió a Mariana que le prestara su juego de té para que ella pudiera jugar sola en el jardín del edificio en que vivían. Ella no quería prestar su flamante regalo, pero ante la insistencia de la amiga, decidió hacer hincapié en el cuidado de aquel juguete tan especial.

Al volver del paseo, Mariana se quedó pasmada al ver su juego de té tirado al suelo. Faltaban algunas tazas y la bandeja estaba rota. Llorando y muy molesta, Mariana se desahogó con su mamá, ¿ves mamá lo que hizo Julia conmigo? Le presté mi juguete y ella lo descuidó todo y lo dejó tirado en el suelo. Totalmente descontrolada Mariana quería ir a la casa de Julia a pedir explicaciones, pero su madre cariñosamente le dijo:

—Hijita, ¿te acuerdas de aquel día cuando saliste con tu vestido nuevo todo blanco y un coche que pasaba te salpicó de lodo tu ropa? Al llegar a casa querías lavar inmediatamente el vestido pero tu abuelita no te dejó. ¿Recuerdas lo que dijo tu abuela?

—Ella dijo que había que dejar que el barro se secara, porque después sería más fácil de quitar.

—Así es hijita, con la ira es lo mismo, deja la ira secarse primero, después es mucho más fácil resolver todo.

Mariana no entendía todo muy bien, pero decidió seguir el consejo de su madre y fue a ver el televisor. Un rato después sonó el timbre de la puerta. Era Julia, con una caja en las manos y sin mas preámbu-

³⁵ Anónimo.

lo ella dijo: “Mariana, ¿recuerdas al niño malcriado de la otra calle, el que a menudo nos molesta? Él vino para jugar conmigo y no lo dejé porque creí que no cuidaría tu juego de té, pero él se enojó y destruyó el regalo que me habías prestado. Cuando le conté a mi madre, ella preocupada me llevó a comprar otro igualito, para ti. ¡Espero que no estés enojada conmigo, no fue mi culpa!”.

—¡No hay problema! —dijo Mariana—, ¡mi ira ya se secó!

Y dando un fuerte abrazo a su amiga, la tomó de la mano y la llevó a su cuarto para contarle la historia del vestido nuevo que se había ensuciado de lodo. Nunca reacciones mientras sientas ira. La ira nos ciega e impide que veamos las cosas como realmente son. Así evitarás cometer injusticias y ganarás el respeto de los demás por tu posición ponderada y correcta delante de una situación difícil. Acuérdate siempre: ¡Deja secar la ira!



El conde Lucanor³⁶

De lo que aconteció a un hombre que iba cargado de piedras preciosas y se ahogó en un río

Un día dijo el conde a Patronio que tenía grandes deseos de ir a un lugar donde iban a darle una partida de dineros creyendo, además, que su estancia allí redundaría en su provecho; pero tenía miedo de que le sobreviniese algún daño, deteniéndose allá mucho tiempo, rogándole, por consiguiente, le aconsejara lo que sería bueno hacer.

—Señor conde —dijo Patronio—, para que hagáis en esto lo que a mi modo de ver más os cumple, estaría bien que vos supierais lo que aconteció a un hombre que llevaba auestas una carga muy parecida cuando pasaba un río.

El conde le preguntó cómo fuera aquello.

—Señor conde —dijo Patronio—, un hombre llevaba una gran cantidad de piedras preciosas auestas y eran tantas que se le hacía muy pesado transportarlas. Acaeció entonces que hubo de pasar un gran río y como la carga que llevaba era pesada se hundió mucho. Al llegar a la parte más honda se hundía más todavía.

Un hombre que estaba en la orilla comenzó a dar voces y a decirle que si no se deshacía de la carga se ahogaría. Y el mezquino loco no comprendía que si se ahogaba perdería su cuerpo y su tesoro, mientras que deshaciéndose de la carga, sólo perdería ésta, mas no el cuerpo. Codicioso del valor que tenían las piedras preciosas que auestas llevaba no quiso deshacerse de ellas y se ahogó, perdiendo, así, cuerpo y carga.

Y vos, señor conde Lucanor, aunque sería bueno que os aprovechaseis del dinero y otras cosas que podrían redundar en vuestro bien, os acon-

³⁶ Don Juan Manuel, *El conde Lucanor*.

sejo que, si hay peligro para vuestro cuerpo deteniéndoos en aquella tierra, no os quedéis allí mucho tiempo por codicia de dineros o cosa semejante. Y aún más, os aconsejo que no expongáis vuestro cuerpo si no fuere por cosa que ataña a vuestra honra, o fuera en mengua vuestra algo que dejarais de hacer; porque el que poco se precia, y por codicia o devaneo se expone a la muerte, podéis estar seguro de que no piensa fatigarse mucho; el que en realidad se estima, obra de manera que lo estimen los demás; y no espreciado el hombre, porque él se precie sino por hacer tales obras, que merezcan la estima de sus semejantes. El que así lo hiciere, estad seguro de que cuidará su cuerpo y no se expondrá a perderlo por codicia ni por cosa en que no haya gran honra; pero si es preciso aventurarse, creed que no habrá hombre en el mundo que más pronto lo haga que el que vale y se precia mucho.



El conde tuvo éste por buen ejemplo, obró así y se sintió feliz.

También don Juan entendió que el ejemplo era bueno, hízolo escribir en este libro y compuso estos versos:

Quien por codicia se aventure
será maravilla que el bien dure.

Historietas

El mundo mágico de la literatura es inmenso; se parece mucho a una feria en la que hay muchos juegos. Las historietas son como esos juegos que encantan a los niños. Son textos donde se cuentan historias llenas de colorido. Por lo mismo, las historietas se caracterizan porque tienen muchas imágenes, y porque los personajes hablan y se comunican como lo hacemos todos nosotros: por medio de diálogos. Finalmente, las historietas, como los juegos mecánicos más intrépidos, tienen un propósito: buscan proporcionarnos un momento de diversión y enseñanza sin límites.

¡Por favor, déjenos ser iguales!



Notas

[illegible]

Notas

[illegible]

Notas

[illegible]



La lectura, además de ampliar el conocimiento del mundo, ofrece placer y diversión. Para muchas personas leer es una experiencia única, ya que les permite acercarse a países lejanos y culturas diferentes. La imaginación, ámbito que la literatura promueve, es el medio más importante para realizar viajes inusitados. Por eso, *La sabiduría del mundo en 40 lecturas* presenta, frente a los ojos de los lectores, textos diversos en cuyo contenido está la sabiduría del mundo.



DISTRIBUCIÓN GRATUITA

Este programa es público, ajeno a cualquier partido político.
Queda prohibido su uso para fines distintos a los establecidos en el programa.